



HAL
open science

Identidades viajeras en el melting pot del Estrecho: Bailo, las ciudades “libiofenicias” y los lusitanos

Pierre Moret

► **To cite this version:**

Pierre Moret. Identidades viajeras en el melting pot del Estrecho: Bailo, las ciudades “libiofenicias” y los lusitanos. *Gerión. Revista de Historia Antigua*, 2023, 41 (2), pp.419-446. 10.5209/geri.84084 . hal-04349314

HAL Id: hal-04349314

<https://hal.science/hal-04349314>

Submitted on 17 Dec 2023

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

Identidades viajeras en el *melting pot* del Estrecho: Bailo, las ciudades “libiofenicias” y los lusitanos

Pierre Moret¹

Recibido: 05 de octubre de 2022 / Aceptado: 07 de mayo de 2023

Resumen. El análisis comparativo de las prácticas funerarias del yacimiento de la Silla del Papa (Tarifa, Cádiz), identificado como el emplazamiento de la ciudad de Bailo, abre perspectivas nuevas para entender los procesos étnicos e identitarios en los que se vio inmerso el estrecho de Gibraltar entre los siglos III y I a.C. Aunque Bailo forma parte de las ciudades mal llamadas “libiofenicias” que acuñaron monedas con leyendas bilingües en latín y neopúnico, sus necrópolis revelan rituales y formas de organización muy alejadas de las tradiciones fenicio-púnicas. Tampoco se pueden relacionar satisfactoriamente con lo que se sabe de las costumbres funerarias ibéricas, turdetanas o líbico-bereberes, pero tienen estrechas similitudes con ciertas necrópolis de la Beturia túrdula y, más al norte, del mundo vetón. Esta constatación nos conduce a explorar la hipótesis de una relación privilegiada de Bailo y de otras ciudades “libiofenicias” con la Meseta céltica y más particularmente con la esfera lusitano-vetona, apoyándonos en las fuentes escritas, la numismática, la epigrafía y la arqueología. Planteamos la hipótesis de que las cecas “libiofenicias” no son el resultado de un programa de fundaciones púnicas con aporte de población africana, sino, en sentido contrario, el reflejo de un proceso de instalación de grupos lusitanos y vetones en la Beturia y en la zona del Estrecho, canalizado y controlado por los bárcidas en la segunda mitad del siglo III en el marco de su política de reclutamiento de mercenarios. La revitalización de esta red de ciudades a partir de mediados del siglo II se hizo bajo el prisma de una auto-representación en clave púnica, aunque los datos ahora disponibles nos hablan de otra realidad, híbrida y compleja, en la que el componente lusitano o céltico ocupa un lugar hasta ahora insospechado. **Palabras clave:** Silla del Papa; época republicana; necrópolis; prácticas funerarias; Beturia; neopúnico; lusitanos.

[en] Mobile Identities in the Melting Pot of the Strait of Gibraltar: Bailo, the “Libyphoenician” Cities and the Lusitanians

Abstract. The comparative analysis of the funerary practices of the Silla del Papa hill fort (Tarifa, Cadiz, Spain), identified as the site of the city of Bailo, opens up new perspectives for understanding the ethnic and identity processes in which the Strait of Gibraltar was immersed between the 3rd and 1st centuries BC. Although Bailo is one of the misnamed ‘Libyo-Phoenician’ cities that minted coins with bilingual Latin and Neopunic legends, its necropolises reveal rituals and forms of organisation far removed from Phoenician-Punic traditions. Nor can they be satisfactorily related to what is known of Iberian, Turdetanian or Libyco-Berber funerary customs, but they have close similarities with certain cemeteries in the Baeturia Turdula and, further north, in the Vetton area. This observation leads us to explore the hypothesis of a close relationship of Bailo and other ‘Libyo-Phoenician’ cities with the Celtic Meseta and more particularly with the Lusitanian-Vetton sphere, on the basis of written sources, numismatics, epigraphy and archaeology. We suggest that the ‘Libyo-Phoenician’ mints are not the result of a Punic foundation programme involving the transfer of African population but, on the

¹ Laboratoire TRACES UMR5608, CNRS, Université de Toulouse II Jean Jaurès
E-mail: pierre.moret@univ-tlse2.fr
ORCID: 0000-0002-0141-4999

contrary, the consequence of the installation of Lusitanian and Vetton groups in Baeturia and the Straits area, channelled and controlled by the Barcids in the second half of the 3rd century as part of their mercenary recruitment policy. The revitalisation of this network of cities from the mid-second century onwards took place through the prism of a Punic self-representation, although the data now available tell us of another reality, hybrid and complex, in which the Lusitanian or Celtic component occupies a hitherto unsuspected place.

Keywords: Silla del Papa; Republican period; cemetery; funerary practices; Baeturia; Neopunic; Lusitanians.

Sumario. 1. Las necrópolis de Bailo. 2. Análisis comparativo. 2.1. Un paisaje funerario ajeno a las tradiciones y los usos contemporáneos del mundo púnico y líbico-bereber. 2.2. Allende el vacío turdetano, en la Beturia túrdula y la Céltica meseteña. 3. De la Lusitania a las ciudades “libiofenicias”: hacia un cambio de polaridad. 3.1. Túrdulos de la Beturia, lusitanos y vetones: pueblos interconectados. 3.2. Los lusitanos y el Estrecho: historia de una atracción. 3.3. ¿Huellas célticas en Bailo? 4. A modo de conclusión: un híbrido de componentes inesperados. 5. Referencias bibliográficas.

Cómo citar: Moret, P. (2023): “Identidades viajeras en el *melting pot* del Estrecho: Bailo, las ciudades ‘libiofenicias’ y los lusitanos”, *Gerión* 41(2), 419-446.

No hace falta apelar a una profusa literatura para admitir que la definición de un pueblo descansa en tres pilares: un territorio físico, un poder político (efectivo, reivindicado o recordado) y cierto grado de integración cultural y/o lingüística. Sin embargo, existen zonas geográficas de contacto, como los estrechos marítimos, en las que esta taxonomía tropieza con intrincadas situaciones locales marcadas por la intensidad de los intercambios y la frecuencia de los conflictos azuzados por sucesivos proyectos hegemónicos de las potencias regionales.

Éste es, por excelencia, el caso del Estrecho de Gibraltar, particularmente en su orilla norte en la que se va a centrar este estudio. La imagen que de este espacio transmiten las fuentes antiguas es la de un mosaico de etnias, donde coexistirían turdetanos, túrdulos, bástulos, blastofenicios² y púnicos, en territorios cuya delimitación varía mucho de un autor a otro, según se mire a Plinio, Mela, Estrabón o Ptolomeo.³ Los historiadores antiguos, por su parte, nos hablan de movimientos de tropas y tal vez, en algunos casos, de traslados de población entre las dos orillas del Estrecho, en tres momentos: la conquista bárcida y la preparación de la expedición de Aníbal, las guerras lusitanas a mediados del siglo II a.C. y las guerras sertorianas al principio del siguiente,⁴ sin olvidar la refundación en 171 a.C. de la vieja ciudad feniciopúnica de Carteia con *hybridae* –hijos de soldados romanos y mujeres indígenas–,⁵ y fuera ya del marco cronológico de este estudio, la fundación en época augustea de *Iulia Traducta Tingentera*, en la bahía de Algeciras, con gentes deportadas desde la orilla opuesta.⁶ En suma, el cuadro general ofrecido por las fuentes escritas en los tres últimos siglos antes de nuestra era es el de una marcada diversidad étnica, con comunidades de distintos orígenes, yuxtapuestas o entremezcladas.

En este complejo panorama, la numismática ha hecho surgir una categoría más, la de las cecas “libiofenicias”, situadas en su mayoría en el hinterland del Estrecho y fechadas entre mediados del siglo II y primera mitad del siglo I a.C., que se diferencian entre las cecas de la Hispania Ulterior por sus leyendas bilingües en latín y en una forma anómala de la escritura neopúnica, y su iconografía llena de referencias púnicas.⁷ Se les dio este nombre en el siglo XIX, en referencia a cuatro textos: los del Pseudo-Escimno y de Avieno que sitúan un pueblo libiofenicio en el extremo occidente de Europa en la vecindad de los tartesios,⁸ y los de Polibio y Livio que mencionan a libiofenicios entre las tropas africanas mandadas por Aníbal a Iberia en vísperas de la segunda guerra púnica.⁹ En ambos casos, la relación con las cecas que nos ocupan es artificiosa. Los textos del Pseudo-Escimno y de Avieno son poemas, poco fiables desde el punto de vista histórico y etnográfico, y

² Este nombre mencionado solo una vez por Apiano (*Hisp.* 56: *Blastophoinikes*) es un hápax, posiblemente una variante corrompida de **bastoulphoinikes* (cf. Ptol. *Geog.* 2.4.6: *Bastouloi oi kaloumenoi Poinoi*). Proyecto de investigación: Geografía y etnografía antiguas de la Península ibérica de Eratóstenes a Ptolomeo: describir el espacio y dibujar el mapa (PID2020-117119GB-C21).

³ Referencias y propuestas de reducciones geográficas en Ferrer Albelda – Prados Pérez 2002, Ferrer Albelda 2004, García Fernández 2012 y Machuca Prieto 2019, entre otras.

⁴ Blázquez Martínez 1961; García y Bellido 1964; López Pardo – Suárez Padilla 2002.

⁵ Bravo Jiménez 2014, con referencias (a las que se puede añadir Cadiou 2008, 642-644). Bravo subraya con razón que solo una parte (¿pequeña?) de los cuatro mil *hybridae* mencionados por Livio terminarían afincándose en Carteia.

⁶ Bernard 2018, 220.

⁷ Solá-Solé 1980; García-Bellido y García de Diego 1993; García-Bellido y García de Diego – Blázquez Cerrato 2002, 317; Jiménez Díez 2014; Machuca Prieto 2019, 287-292.

⁸ Scymn. 196-198; Avien. *Ora* 421 (sobre las diversas interpretaciones de estos textos, véase Ferrer Albelda 2000 y Machuca Prieto 2019, 107-110).

⁹ Plb. 3.33.15; Liv. 21.22.3.

en cualquier caso sus posibles fuentes son muy anteriores a la época de acuñación de las monedas en cuestión.¹⁰ En cuanto a los libiofenicios de Aníbal, se trata de un reducido contingente de 450 caballeros, de los que no se sabe cuántos salieron vivos de la guerra y cuántos volvieron a África. No hay en las fuentes históricas de la segunda guerra púnica el mínimo indicio para pensar que parte de ellos se quedaran en Iberia, y menos aún que su destino fuera la zona del Estrecho. Se ve pues que la apelación “libiofenicias” dada a las cecas bilingües del Campo de Gibraltar y de la comarca de La Janda es muy desafortunada, no solamente porque no tiene el apoyo de las fuentes textuales, sino también porque atribuye *a priori* un origen africano a las comunidades en cuestión. No obstante, a falta de un nombre alternativo que permita designarlas de forma inequívoca y breve, nos hemos resignado a seguir usando convencionalmente este nombre, con las necesarias comillas.

Dilucidar el trasfondo histórico y étnico-cultural de las cecas “libiofenicias” se ha vuelto un reto aún más difícil a raíz de la localización de tres o cuatro de ellas (de un total de ocho) lejos del Campo de Gibraltar, en una parte de la actual provincia de Badajoz que corresponde a la Beturia túrdula de las fuentes.¹¹ Las interpretaciones más articuladas de este fenómeno relacionan las cecas “libiofenicias” con grupos de africanos semitizados traídos a Iberia en el siglo III, que habrían tenido un papel destacado en la defensa del territorio controlado por los bárcidas, y luego por los romanos, contra las incursiones de los lusitanos.¹² Sin embargo, estas propuestas no llegan a explicar de manera satisfactoria el carácter aberrante de la escritura neopúnica usada, ni el hecho contradictorio de que el jefe de una de las expediciones lusitanas hacia la zona del Estrecho, en 154 a.C., se llamara *Punicus*.¹³

Durante mucho tiempo, la aportación de la arqueología a los debates sobre la identidad de los pobladores de la orilla norte del Estrecho en la Segunda Edad del Hierro y en los inicios de la dominación romana ha sido escasa y poco esclarecedora, siendo Carteia el único asentamiento en el que se habían realizado excavaciones en extensión,¹⁴ y con el agravante de un total desconocimiento de las costumbres funerarias, tan útiles a la hora de dibujar el perfil identitario de una comunidad. Las cosas han cambiado con las investigaciones recientemente llevadas a cabo en la ciudad de *Bailo* (La Silla del Papa, Tarifa), sede de una de las nueve cecas “libiofenicias”, que se trasladaría en época de Augusto de la cima de la Sierra de la Plata a la ensenada de Bolonia, para convertirse luego en el municipio de *Baelo Claudia*.¹⁵ El hallazgo en la Silla del Papa de dos necrópolis en uso entre los siglos III y I a.C., situadas al noroeste y al suroeste de la ciudad, sin equivalentes en el panorama funerario del extremo sur peninsular, arroja luz sobre las relaciones culturales de los habitantes de este *oppidum* en las últimas fases de su ocupación.

Intentaremos sacar partido de estos datos, estrechando la malla de la criba analítica y limitándola primero a las costumbres funerarias observadas en *Bailo*, para rastrear

¹⁰ Tanto Domínguez Monedero (1995, 232) como Jiménez Díez (2014, 224) y Machuca Prieto (2019, 110) han cuestionado el valor histórico de estos dos testimonios.

¹¹ García-Bellido y García de Diego 1992, 1993. Sigue dudosa la localización de Vesci: en la Beturia si se toma en cuenta el lugar de hallazgo de las pocas monedas conocidas, o en el oeste de Málaga si se identifica con la *Oueskis* de Ptolomeo (*Geog.* 2.4.9).

¹² García-Bellido y García de Diego 1986, 1993, 2000; Domínguez Monedero 1987, 1995, 2000.

¹³ App. *Hisp.* 56.

¹⁴ Roldán Gómez *et alii* 2006.

¹⁵ Moret *et alii* 2010, 2017; Prados Martínez *et alii* 2012.

sus posibles conexiones y luego ampliar la mirada y volver a examinar, desde esta perspectiva, la cuestión de las ciudades “libiofenicias”.

1. Las necrópolis de Bailo

Resumiré brevemente las principales características de las necrópolis de la Silla del Papa, insistiendo en los usos que se mantuvieron constantes a lo largo de su periodo de funcionamiento documentado con certeza, es decir entre el siglo III¹⁶ y el tercer cuarto del siglo I a.C. El rito es, exclusivamente, el de la cremación secundaria. En el 95% de los casos, los restos de la cremación se depositan en urnas que a su vez están colocadas en hoyos pequeños excavados en el suelo. Se sacó partido de las desigualdades y oquedades del terreno natural para colocar las urnas, especialmente en la necrópolis noroeste donde los bancos de arenisca afloran en muchos sitios (Fig. 1, a), pero merece ser señalado que no se excavaron agujeros o fosas en la roca, aunque esta era fácil de labrar. En ciertas zonas la densidad de urnas es tal que las más recientes llegan a tocar o destruir parcialmente las más antiguas (Fig. 1, d).

Con frecuencia, pero no de forma sistemática, algunas piedras forman un anillo de protección alrededor de la urna. Un plato puesto al revés (u otro tipo de vaso abierto), a veces reemplazado por una piedra plana, la cubre casi siempre. En la mayoría de los casos no se documenta ningún dispositivo de señalización; solo de vez en cuando se constata, por su mayor altura, que una de las piedras que forman parte del encachado de la fosa rebasaba el nivel de circulación antiguo. En la última fase, ya en el siglo I a.C., aparecen cipos cilíndricos bajos, de vértice semiesférico o truncado y base cuadrangular, que se colocaron encima de la urna.¹⁷ Si bien tienen cierto parecido con cipos arcaicos de la Cerdeña púnica,¹⁸ sus paralelos más próximos, tipológica y cronológicamente, se encuentran en necrópolis etruscas como las de Tarquinia, Caere o Volsinii.¹⁹

Se documentó también un número muy reducido de enterramientos aún más sencillos, formados por una bolsa de restos óseos depositada en una fosa delimitada por piedras pequeñas, sin urna cineraria. Tumbas de este tipo se han encontrado en dos estructuras tumulares sobre las que volveremos, fechables entre finales del siglo II y principios del siglo I a.C. Otras tres han aparecido en la necrópolis Suroeste, mezcladas con enterramientos en urna; ungüentarios de cuerpo bulboso del tipo Py D²⁰ y alguna vasija de paredes finas indican que estas tres sepulturas sin túmulo ni urna son exponentes de un proceso de transición hacia nuevas prácticas funerarias, ya en los últimos momentos de la necrópolis, entre 50 y 25 a.C.

¹⁶ Un arranque anterior es plausible, pero aún no está confirmado por pruebas directas (datación radiocarbónica o relaciones estratigráficas no perturbadas).

¹⁷ Cipos de este tipo, llamados “cylindres sur bases” por P. Paris y G. Bonsor (Paris *et alii* 1926, fig. 65), existen también en la necrópolis altoimperial de Baelo Claudia, sugiriendo, junto con otras características, una forma de continuidad entre las costumbres funerarias de la Silla del Papa y las de la nueva ciudad (Prados Martínez 2015, 114-115).

¹⁸ Prados Martínez 2008, 178.

¹⁹ Blumhofer 1993; Kaimio 2017. Similitud señalada por Jiménez Díez (2007, 89-91) y Vaquerizo Gil (2010, 190).

²⁰ Py 1993, 584.



Fig. 1. a: Plano de la necrópolis noroeste de Bailo – Silla del Papa. b: Cenotafio J21, de cámara interior hueca, con varias urnas al exterior. c: Cenotafio J10, con relleno interior. d: Urnas cinerarias (marcadas por etiquetas blancas) entre la estructura tumular D6, a la derecha, y el monumento turriforme D4, a la izquierda, en la necrópolis suroeste. Solo se ve en esta foto la mitad de las urnas existentes.

Más de la mitad (58%) de las urnas cinerarias no contienen ajuar alguno. En el resto, los elementos de ajuar son escasos: uno o dos objetos en la gran mayoría de los casos. Por orden decreciente de frecuencia, los objetos más habituales son las cuentas de collar (de barro, piedra dura o pasta de vidrio), las fibulas de bronce o hierro, los ungüentarios de cerámica, las fusayolas y los anillos de hierro. No se han encontrado

joyas de oro, y tampoco armas excepto un cuchillo, una espuela y un regatón de lanza. Los elementos de ajuar siempre están colocados en la urna cineraria, nunca en la fosa al lado de la urna. Los lugares de cremación, *ustrina* o *busta*, debían de estar en otros sitios, pues no hay rastro de ellos en las zonas excavadas en torno a los enterramientos.

Los individuos infantiles (desde recién nacidos hasta una edad aproximada de diez años) recibieron exactamente el mismo tratamiento que los adultos: después de la cremación, sus restos estaban depositados en urnas que no se distinguen de las de los adultos –excepto en algunos casos por su tamaño más pequeño– y no ocupan un sector reservado; al contrario, se encuentran mezcladas con enterramientos de adultos en agrupaciones que podrían corresponder a familias. Los ajuares de los niños no son más pobres y contienen los mismos tipos de objetos que los de los adultos: entre otros, fíbulas, cuentas de collar, fusayolas y ungüentarios. Entre los 74 individuos estudiados cuya clase de edad ha podido ser determinada, el 53% eran infantiles, y entre las 60 urnas que contenían un solo individuo de edad identificable, un 42% eran tumbas de niños.²¹ Son, como veremos, proporciones muy altas en comparación con otras necrópolis contemporáneas o más antiguas.

Aparte de la inclusión de los niños y de los recién nacidos, el rasgo diferenciador más notable de las necrópolis de Bailo es la relación que existe entre las urnas y una serie de estructuras arquitectónicas. En los conjuntos mejor conservados, de 30 a 40 tumbas en urna forman densas agregaciones alrededor de cada estructura, en un radio de dos a tres metros (Fig. 2). Estas construcciones son de dos tipos. El primero incluye 25 estructuras tumulares de planta circular, de 1,5 a 5 m de diámetro, presentes al menos desde inicios del siglo II a.C. Dentro de esta categoría hay que diferenciar tres subtipos: 1/ estructuras sencillas con un círculo exterior de sillares, una cista en el interior, y un relleno de tierra (J12 en la necrópolis noroeste y D6 en la meridional); 2/ estructuras idénticas a las primeras, pero sin enterramiento en su interior (Fig. 1, b-c), lo que los designa técnicamente como cenotafios (J20 y J21);²² y 3/ una estructura tumular que se presenta como una variante monumentalizada de los subtipos 1 y 2, con base moldurada, cornisa de gola y cubierta ovoide de sillares²³ (J27, a la que tal vez se puede añadir D7). El segundo tipo está representado por cinco monumentos turriformes de planta cuadrada que pertenecen a la etapa tardorrepublicana de las necrópolis, no antes del siglo I a.C., y muestran claras analogías con la arquitectura funeraria nómada y mauritana, a la vez que los más recientes delatan influencias itálicas.²⁴ Además de estos dos tipos, se excavó una enigmática estructura de planta rectangular (J2), mal conservada, que estaba situada en el punto más alto de la necrópolis noroeste (Fig. 2, b) y que por sus características arquitectónicas podría interpretarse como un altar.²⁵

²¹ Análisis antropológico realizado por Carmen Román Muñoz sobre 80 tumbas y 94 individuos (dado que 14 urnas contenían los restos de un infantil y un adulto).

²² Había urnas en hoyo alrededor de estos cenotafios.

²³ Según la restitución elaborada por Agathe Desmars (2021, 559-561).

²⁴ Desmars 2021.

²⁵ Desmars 2021, 437-454 y 557.

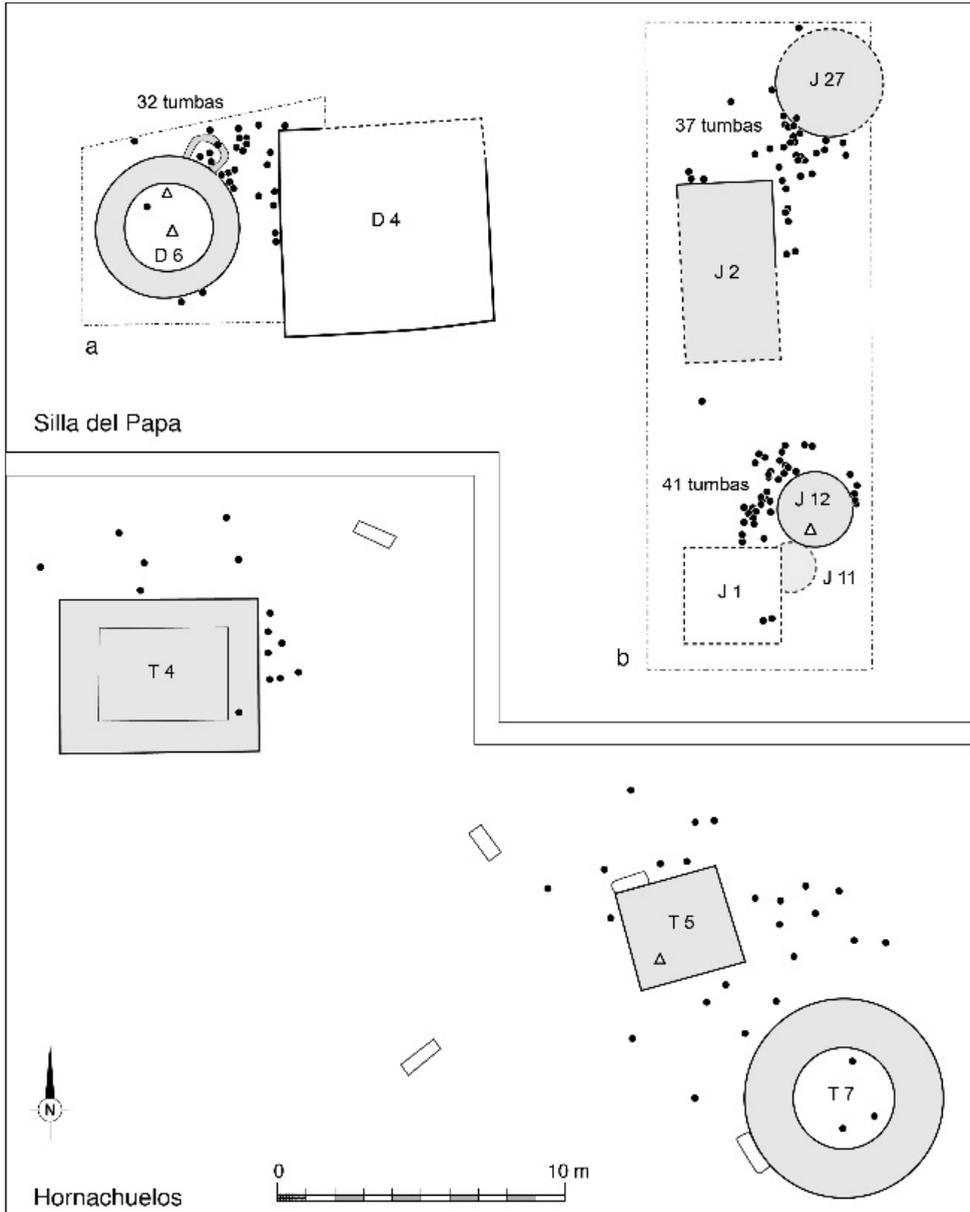


Fig. 2. Planos parciales a la misma escala de dos necrópolis: Bailo (a: sector oeste de la necrópolis suroeste; b: parte alta de la necrópolis noroeste), y Hornachuelos (adaptado de Rodríguez Díaz 1995, fig. 4, zona sur). Puntos negros: urnas cinerarias; triángulos: tumbas en cista.

Las excavaciones realizadas hasta la fecha no han aportado indicio alguno de la presencia de esculturas, estelas²⁶ o lápidas inscritas. Los restos de posibles banquetes o

²⁶ No se encontraron en la Silla del Papa estelas funerarias con forma canónica de paralelepípedo, como las que hay en época altoimperial en la necrópolis oriental de Baelo Claudia (Jiménez Díez 2007, 84, fig. 7; Prados Martínez 2011, 202).

ceremonias libatorias asociadas a los rituales funerarios son escasos, y solo se documentan en un momento avanzado del siglo I a. C. A lo largo de los dos siglos de vida de las necrópolis, solo hubo variaciones notables en la arquitectura, que como hemos visto tendió a monumentalizarse y adoptar nuevas formas, como la del monumento turriforme de base cuadrada. Sin embargo, las estructuras tumulares redondas y los enterramientos en urna aglutinados en torno a las mismas, sin ajuar adicional fuera de las urnas, son rasgos vertebradores que perduraron hasta el final de las dos necrópolis.

2. Análisis comparativo

Para identificar el posible origen de las costumbres funerarias de los bailonenses, es importante fijar adecuadamente el horizonte cronológico de nuestras indagaciones. Como acabamos de ver, el paisaje funerario de la Silla del Papa se ha mantenido sin cambios notables entre finales del siglo III, por lo menos, y el segundo cuarto del siglo I a.C. Ahora bien, en muchas áreas culturales de la Península Ibérica y del norte de África, las costumbres funerarias evolucionaron rápidamente durante los siglos II y I a.C., al ritmo de la conquista romana y de los consiguientes cambios culturales. Se observa durante este periodo una tendencia casi general a la reducción cuantitativa y cualitativa de los ajuares, una desaparición o menor presencia de las armas, y un auge de la cremación en las zonas donde antes dominaba la inhumación. Para evitar los sesgos interpretativos causados por este proceso, que tiende además hacia la uniformización de los paisajes funerarios, procede limitar la búsqueda de dispositivos similares, en la medida de lo posible, al momento en el que empiezan a documentarse juntos todos los componentes del ritual funerario de los habitantes de Bailo, es decir el paso del siglo III al siglo II a.C., tomando además en cuenta los contextos del pleno siglo III. Solo cuando falte esta información, acudiremos con la necesaria cautela a testimonios de finales del siglo II o principios del siglo I a.C.

2.1. Un paisaje funerario ajeno a las tradiciones y los usos contemporáneos del mundo púnico y líbico-bereber

Empecemos por la esfera cultural fenicio-púnica en la que se inserta la zona del Estrecho. En el caso de Cádiz y otros asentamientos de la Bahía de Cádiz, la información disponible es muy desigual y está escasamente publicada,²⁷ lo que dificulta la tarea de aislar el horizonte funerario del siglo III a.C. Lo que sí parece claro es que Cádiz presenta en este periodo, a diferencia de Bailo, una notable diversidad de tipos de enterramiento y ajuares. El rito de la inhumación sigue muy presente y posiblemente mayoritario, a juzgar por los datos recopilados por Desiderio Vaquerizo en una meritoria síntesis sobre las fases romanas de las necrópolis de Cádiz, y en la que registra la presencia de inhumaciones fechadas entre finales del siglo III y siglo II a.C. en una nutrida serie de excavaciones de urgencia: 17 inhumaciones en el sector del Teatro Andalucía, 20 en la plaza de Asdrúbal, y varias decenas más en el

²⁷ Agradezco a Ana María Niveau de Villedary, Antonio Sáez Romero y Nieves López Jurado sus informaciones sobre las prácticas funerarias en la Bahía de Cádiz, así como sus advertencias sobre la poca fiabilidad cronológica de gran parte de los datos disponibles y la consiguiente dificultad de llegar a una visión sintética de la evolución de las necrópolis de Cádiz y su entorno (véase también sobre esta cuestión un balance crítico en Vaquerizo Gil 2010, 142).

alcantarillado de Bahía Blanca, plaza de San Severiano, Ciudad de la Justicia, calle Tolosa Latour o Campos Elíseos, lo que lleva a este autor a constatar el “predominio rotundo de inhumación sobre cremación” en el horizonte “de tumbas que parecen reflejar la transición entre el mundo púnico tardío y el romano inicial”.²⁸

En cambio, las cremaciones secundarias en urna que se pueden datar con cierto nivel de confianza en Cádiz, en particular gracias a la presencia de unguentarios bulbosos de fondo plano,²⁹ son de mediados del siglo I a.C. en adelante, y en cualquier caso no presentan la disposición aglutinada característica de la Silla del Papa, y no van asociadas con túmulos circulares; tampoco hay evidencias de la existencia de monumentos turriformes. Da la impresión de que el proceso de monumentalización del espacio funerario no se plasmó en la Cádiz púnica en la edificación de monumentos separados de la propia tumba, como en Bailo, sino en construir cistas de sillería o en labrar sarcófagos antropoides.³⁰

La composición de los ajuares gaditanos sigue tendencias que se alejan de lo que hemos observado en Bailo. Si bien las cuentas de collar son abundantes en ambos yacimientos, los colgantes y pendientes de oro o plata, tan característicos de las necrópolis de Cádiz hasta el final del periodo púnico,³¹ están casi ausentes en Bailo, al igual que los pebeteros en forma de cabeza femenina que se han relacionado con rituales funerarios en un contexto gaditano de finales del siglo III o principios del siglo II a.C.³² Inversamente, las fibulas que forman la segunda categoría más representada en Bailo son escasísimas en las tumbas gaditanas. Por otra parte, en las tumbas de Cádiz el ajuar suele estar colocado en la fosa, fuera de la urna, lo que nunca ocurre en Bailo, y hay ejemplos de estelas de tipo púnico.³³ Última diferencia: se inhumaba a los niños en ánforas, cistas o simples fosas, casi siempre en sectores específicos, separados de los adultos.³⁴

La comparación con las pocas necrópolis fenicio-púnicas conocidas en el Campo de Gibraltar tampoco aporta resultados positivos. Ni los hipogeos excavados en la roca de la isla de Tarifa, ni los sarcófagos monolíticos de la Dehesa de la Peña al oeste de Tarifa, que contenían inhumaciones,³⁵ ni las cuevas artificiales protohistóricas reutilizadas en época fenicio-púnica de Los Algarbes, a medio camino entre Tarifa y Bailo,³⁶ tienen eco en la Silla del Papa. En la Sierra de Cádiz, la necrópolis suroeste de Carissa Aurelia (Cortijo de Carija, Bornos) es otro ejemplo de la costumbre muy difundida en la zona que consistía en aprovechar un substrato rocoso de poca dureza para excavar tumbas en fosa o en hipogeos de distintas formas.³⁷ A pesar de tener bajo sus pies una arenisca de fácil labra, y de haberla trabajado sistemáticamente en la zona

²⁸ Vaquerizo Gil 2010, 147-151.

²⁹ Sáez Romero – López Jurado 2022, 777.

³⁰ Ferrer Albelda 2010, 84.

³¹ Ferrer Albelda 2010, 84.

³² Niveau de Villedary – Córdoba Alonso 2003, 127-130; véase también Machuca Prieto 2019, 308-310.

³³ Martín Ruiz 1995, 202 y fig. 210. Las estelas son también características de la necrópolis de Villaricos en época republicana (*ibid.*).

³⁴ Referencias en Vaquerizo Gil 2010, 150 y 158-159. Sin embargo, en las pocas publicaciones dedicadas a esta cuestión (por ejemplo, Corzo Sánchez 1989), resulta difícil distinguir entre los enterramientos infantiles de época púnica y romana imperial.

³⁵ Castañeda Fernández – García Jiménez 2015, 52-54.

³⁶ Castañeda Fernández – García Jiménez 2015, 49 y 54.

³⁷ Las noticias sobre las excavaciones realizadas en esta necrópolis, que parece empezar a funcionar a mediados del siglo I a.C., son escasas; véase una síntesis en Vaquerizo Gil 2010, 193-203. Si se confirmara la datación prerromana o por lo menos preimperial de un fragmento de escultura de tipo ibérico (Gutiérrez López 2000), sería otra diferencia de peso entre las costumbres funerarias de Carissa y Bailo.

de hábitat para construir casas semirrupestres, los habitantes de Bailo no utilizaron jamás esta técnica para sus sepulcros.

Las conclusiones no cambian si cruzamos el Estrecho, pasando a las tierras de donde se supone que habrían salido los “libiofenicios” de la Bética. Aunque las costumbres funerarias de la franja litoral están todavía muy mal conocidas, lo que se sabe de ellas apunta más hacia Gades que hacia Bailo. De la necrópolis de Marshan en Tánger se sabe poco, excepto la existencia de medio centenar de inhumaciones en fosas excavadas en la roca, con una cronología que arranca en el siglo II a.C.³⁸ Más al oeste, las tumbas en cista de época fenicia y púnica estudiadas por Ponsich eran también de inhumación.³⁹

Más allá, en el área líbico-bereber, las bazinas circulares⁴⁰ y los monumentos turriformes⁴¹ sugieren, a primera vista, un parentesco con la arquitectura funeraria de Bailo. Un análisis más detenido conduce, sin embargo, a relativizar mucho el peso y el significado de esta relación, si no a desestimarla del todo. Si bien es cierto que las bazinas tienen un parecido innegable con las estructuras tumulares de Bailo, con su planta circular y su anillo exterior de mampostería o de sillarejo,⁴² su función exclusiva, en todo el norte de África, consistió en contener cuerpos inhumados, con o sin descarnación previa.⁴³ Eran tumbas, en el sentido más estricto de la palabra, y no se las ve funcionar nunca en asociación con una agrupación exterior de sepulturas en urnas, estando ellas mismas vacías, como sucede en Bailo. En cuanto a los mausoleos o monumentos turriformes de Numidia y de la parte oriental de la Mauritania, no hay duda de que cuentan entre los modelos posibles de los de Bailo. Pero esta relación no puede ser anterior a mediados del siglo I a.C., cuando monumentos de este tipo empiezan a aparecer en las necrópolis de Bailo; no formaban parte de su esquema inicial.

Para terminar, no hace falta entrar en detalles a propósito de las áreas funerarias de Cartago, pues hay diferencias en casi todos los aspectos: predominancia de las tumbas en pozo o hipogeo, coexistencia de la cremación y la inhumación, uso minoritario de urnas como osarios, inhumación de los perinatales en contenedores cerámicos y en lugares separados⁴⁴ (sin hablar del tofet) o presencia frecuente de monedas en los ajuares. En cuanto a los medios de señalización de la tumba, un elemento tan típico del mundo funerario púnico como es la estela, en sus diversas modalidades, no se conoce en Bailo. Más sorprendente aún: los rasgos originales de la necrópolis altoimperial de Baelo Claudia que más a menudo se han relacionado con la esfera cultural semita o norteafricana, como los cipos antropomorfos llamados “muñecos” o las estelas betiliformes anicónicas,⁴⁵ no aparecen en las necrópolis de la Silla del Papa.⁴⁶

³⁸ Boube 1999, 10.

³⁹ Ponsich 1970. Las más recientes, en Aïn Dalhia Kebira, podrían ser del siglo IV a.C. (Pappa 2009, 65 y nota 29). Véase también Martín Ruiz (2010) sobre los hipogeos de Lixus y las tumbas en fosa de Melilla.

⁴⁰ Camps 1991. Variaciones en la morfología y en la cubierta han llevado a ciertos autores a utilizar otros nombres como *chouchet* o “dólmenes de zócalo circular”, pero en términos funcionales se trata de la misma categoría.

⁴¹ Prados Martínez 2008, 139-175.

⁴² Véase por ejemplo la bazina 55 de Dougga (Aounallah *et alii* 2020), que se parece por sus dimensiones y su aparejo regular a la estructura D6 de la necrópolis suroeste de Bailo.

⁴³ El proceso de descarnación que se observa en ciertas bazinas puede implicar la cremación parcial de las partes blandas (Camps 1991); no se trata, sin embargo, de una cremación completa, ya que los huesos solo sufren una alteración superficial.

⁴⁴ En Byrsa: Bénichou-Safar 1982, 66-67.

⁴⁵ Jiménez Díez 2007; Vaquerizo Gil 2010, 172-192; Prados Martínez 2011, 199-203; Machuca Prieto 2019, 312-314.

⁴⁶ Excepción hecha de los cipos cilíndricos bajos, mencionados más arriba (*supra*, nota 17), que forman una categoría aparte.

2.2. Allende el vacío turdetano, en la Beturia túrdula y la Céltica meseteña

Fuera del círculo fenicio-púnico, nos topamos con la conocida anomalía que constituye la casi total ausencia de cualquier tipo de huellas de prácticas funerarias en el mundo turdetano del Bajo Guadalquivir, entre los siglos V-III a.C.⁴⁷ No es éste el lugar para posicionarse en el debate sobre las causas de este vacío documental: solo constatarlo, como prueba de que, fuesen los que fuesen los rituales y los usos funerarios en esta área cultural, no incluían los numerosos elementos arquitectónicos que se documentan en Bailo; de lo contrario, dada la intensidad y calidad de las investigaciones arqueológicas llevadas a cabo en el Bajo Guadalquivir, no habrían podido pasar por debajo de los radares. Las necrópolis del sur de Portugal presentan rasgos propios muy distintos de los de Bailo, a pesar de compartir el uso predominante de las cremaciones en urna.⁴⁸

Hacia el este y el noreste, la diversidad del mundo ibérico no facilita las comparaciones.⁴⁹ Sin embargo, estamos una vez más ante otros modos de concebir y organizar el espacio funerario. Si bien son notables puntos en común la preeminencia del rito de la cremación y el uso frecuente (aunque no sistemático, y ni siquiera mayoritario en ciertas necrópolis) de urnas como receptáculos de los restos óseos, hay dos diferencias de gran peso. Las estructuras tumulares ibéricas, sean encachados, empedrados o edículos, son cuadrangulares, no circulares; y cuando las tumbas en hoyos simples son mayoritarias, como por ejemplo en el Cabecico del Tesoro,⁵⁰ no se agrupan en torno a estas estructuras. Al contrario, una práctica frecuente consiste en reabrir un encachado tumular para añadir más tumbas a lo largo de varias generaciones.⁵¹ En otras palabras, el paisaje funerario ibérico tiene dos modalidades: o bien muchas estructuras tumulares, y en este caso la gran mayoría de las tumbas se encuentran dentro de las mismas; o bien muchas tumbas en fosas u hoyos simples, sin agrupaciones características en torno a los pocos túmulos identificados. Se puede señalar también, en cuanto a los ajuares, que hasta en el siglo II a.C., el número de objetos depositados en las tumbas ibéricas (generalmente fuera de la urna cineraria, cuando la hay) es muy superior, en promedio, a las cifras de Bailo.⁵² Por último, la presencia de esculturas en piedra es otro rasgo diferenciador, ya que este fenómeno perdura en Andalucía hasta la época republicana, no solamente con el ejemplo famoso de los relieves de Osuna,⁵³ sino también con indicios en otros yacimientos como Carissa⁵⁴ y Cártama.⁵⁵

A fin de cuentas, la única necrópolis en un radio de 300 km que tenga afinidades claras con Bailo es la de Hornachuelos (Ribera del Fresno, Badajoz), en plena Beturia

⁴⁷ Belén Deamos – Escacena Carrasco 1992. Solo se conocen casos aislados y desprovistos de contexto de cremaciones en urna, de cronología dudosa, más probablemente republicana (siglo II o I a.C.) que prerromana (Belén Deamos – Escacena Carrasco 1992, 516).

⁴⁸ Gomes 2019.

⁴⁹ Las actas del congreso de 1991 sobre las necrópolis ibéricas (Blánquez Pérez – Antona del Val 1992) siguen siendo una referencia imprescindible. Entre los pocos intentos recientes de síntesis, véase, sobre el Sureste, Riva – Grau Mira 2022, 9-13.

⁵⁰ Sánchez Meseguer – Quesada Sanz 1992.

⁵¹ Véase Riva – Grau Mira 2022, 12, sobre el caso de Coimbra del Barranco Ancho entre los siglos IV-II a.C.

⁵² En el Cabecico del Tesoro (Verdolay, Murcia): Sánchez Meseguer – Quesada Sanz 1992, 393, fig. 3a.

⁵³ Vaquerizo Gil 2010, 93-96.

⁵⁴ Gutiérrez López 2000.

⁵⁵ Palomo Laburu *et alii* 2002, 399.

túrdula,⁵⁶ probablemente la *Fornacis* de Ptolomeo.⁵⁷ Más que de afinidades, se podría incluso hablar de un modelo común para esta necrópolis que empieza a funcionar a principios del siglo II a.C.,⁵⁸ a la vista de una impresionante serie de paralelismos (Fig. 2): organización en torno a estructuras tumulares en piedra circulares y cuadrangulares; agrupaciones de diez a veinte urnas cinerarias en hoyo simple alrededor de cada estructura tumular; presencia o no de tumbas en cista en el interior de las mismas –en otras palabras, hay cenotafios como en Bailo–; pobreza de los ajuares; casi ausencia de armas; falta de elementos de señalización reconocibles. Asimismo, la presencia de niños es muy significativa: de los 70 individuos estudiados que se pudieron situar en un grupo de edad, el 19% son infantiles o niños hasta 12 años,⁵⁹ los cuales no fueron objeto de un rito específico ni tuvieron un espacio reservado. Las diferencias, en cambio, son de mucho menor alcance: presencia de estructuras cuadrangulares desde el inicio de la necrópolis;⁶⁰ presencia de pequeños *ustrina* cerca de los enterramientos; sillerías más bastas, lo que se debe en parte a las propiedades de la roca disponible, una pizarra que no se presta bien a la talla; y diferencias en la composición de los ajuares, aunque las fíbulas y las cuentas de collar son categorías dominantes, como en Bailo.

En suma, lo que constituye el nexo más fuerte entre Hornachuelos y Bailo es la propia estructuración del espacio funerario, un sistema binario que combina estructuras tumulares con un círculo de tumbas satélites, distribuidas en su alrededor. Como apuntó Rodríguez Díaz, “alrededor de los túmulos de piedra, se fueron generando verdaderos círculos funerarios, reflejo quizá de vínculos familiares y de fórmulas de organización social de tradición indígena”.⁶¹ No tengo constancia de la existencia en el mundo ibérico ni en el mundo púnico de este modelo organizativo del espacio funerario, que delata el peso de los lazos familiares o suprafamiliares en el funcionamiento de la comunidad. Tiene exponentes, en cambio, en las culturas prerromanas de la Meseta céltica. El caso más paradigmático es el de la necrópolis vetona de La Osera (Chamartín de la Sierra, Ávila).⁶² En su tercera fase, la del siglo III y de inicios del siglo II a.C., su paisaje funerario tiene puntos en común con Hornachuelos y Bailo: cremación sistemática, túmulos circulares de piedra (cenotáficos⁶³ o con sepultura), aglomeraciones circundantes de decenas de tumbas en hoyo, y ajuares reducidos en comparación con las fases anteriores (aunque más ricos en promedio que los de Bailo).

Más lejos aún, la necrópolis celtibérica de La Yunta, en el valle del Jalón, presenta características similares, también en torno al siglo III a.C., con tumbas de incineración simple “dispuestas en relación con túmulos” cuadrangulares y redondos,⁶⁴ y además con la presencia de niños, hasta un 17%, en las urnas cinerarias.⁶⁵ El modelo representado por La Osera y La Yunta no es, desde luego,

⁵⁶ Rodríguez Díaz 1995, 2003. Agradezco a Fernando Prados por haberme señalado en 2017 este paralelo, y a Alonso Rodríguez Díaz por haberme guiado en la visita del yacimiento de Hornachuelos.

⁵⁷ Rodríguez Díaz *et alii* 2019.

⁵⁸ Su vida es más larga que la de Bailo, con cambios en las prácticas funerarias a partir del cambio de era. No tomo en cuenta esta fase altoimperial.

⁵⁹ Rodríguez Díaz 2003, 12.

⁶⁰ Pero en Bailo la estructura rectangular J2 parece ser contemporánea de las primeras estructuras circulares.

⁶¹ Rodríguez Díaz 2003, 11.

⁶² Baquedano Beltrán 2015.

⁶³ Baquedano Beltrán – Martín Escorza 2010, 423.

⁶⁴ García Huerta – Antona del Val 1992, 114-115.

⁶⁵ Lorrio Alvarado 1997, 316. Sobre la presencia de niños en las necrópolis de la Meseta Norte, véase Licerias Garrido 2021.

el único existente en la Meseta. Tanto en el área vetona⁶⁶ como en la Celtiberia⁶⁷, se conocen otras tradiciones funerarias, sin túmulos, o con otros elementos vertebradores, como las calles con filas paralelas de estelas anicónicas de la zona arévaca. Lo que describo aquí no es ni mucho menos una práctica funeraria céltica estándar, sino una modalidad propia de determinadas zonas del norte del mundo vetón y del sureste de la Celtiberia.

3. De la Lusitania a las ciudades “libiofenicias”: hacia un cambio de polaridad

Un castro vetón de la Meseta Norte, un *oppidum* de la Beturia túrdula y una ciudad del Estrecho de Gibraltar: ¿tiene sentido buscar una relación entre tres yacimientos tan distantes entre sí, geográfica y culturalmente? Cabe recordar primero que lo que sus necrópolis tienen en común no son analogías superficiales o convergencias fortuitas: son rasgos estructurales, vertebradores, que se han mantenido en cada caso durante al menos dos siglos, y que de un caso a otro se solapan cronológicamente; y cabe constatar, en segundo lugar, la ausencia de dispositivos similares en las esferas culturales más cercanas a Bailo: la turdetana, la ibérica, la púnica y la líbico-bereber. La tabla 1 sintetiza de manera gráfica esta realidad contraintuitiva.

Llegados a este punto, hace falta reconsiderar la historia de las relaciones entre las comunidades mal llamadas libiofenicias y las poblaciones asentadas al norte del Guadiana, en particular los lusitanos y los vetones, y para ello someter a un nuevo examen una serie de fuentes literarias, numismáticas, epigráficas, lingüísticas y arqueológicas que son susceptibles de cobrar un nuevo significado a la luz de las conexiones reveladas por el estudio de las prácticas funerarias.

	Silla del Papa	Hornachuelos	La Osera	La Yunta	Sureste ibérico	Alta Andalucía	Suroeste	Turdetania	Gades	Zona de Tánger	Numidia	Cartago
1. Tumbas de cremación secundaria								?		—		
2. Urnas en hoyo simple, con ajuar escaso depositado en la urna								?		—	—	
3. Asociación estructura tumular + urnas numerosas en hoyo simple							—	?	—	—	—	—
4. Rito idéntico para los niños y los adultos			?				?	?	?	?	—	—
5. Estructuras tumulares circulares mayoritarias					—	—	—	?	—	—		—

Tabla 1. Distribución de cinco caracteres discriminantes en necrópolis de la Península Ibérica y del norte de África. Gris oscuro: presencia exclusiva o casi exclusiva; gris claro: presencia escasa o minoritaria; raya: ausencia.

⁶⁶ Álvarez-Sanchís 1999, 171-196.

⁶⁷ Cerdeño Serrano – García Huerta 2001.

3.1. Túrdulos de la Beturia, lusitanos y vetones: pueblos interconectados

Primera constatación: la ciudad antigua de Hornachuelos pertenecía a la Beturia túrdula, en la vecindad de las ciudades betúricas que acuñaron monedas “libiofenicias” o afines (Arsa y Turirecina con localización segura, Vesci y Balleia con dudas, y la última solo con leyenda latina), y se ha sugerido incluso que Hornachuelos pudiera ser el lugar de la ceca de Balleia. Monedas de cuatro de las ocho cecas “libiofenicias” se han encontrado en Hornachuelos,⁶⁸ una cifra que no se alcanza en ningún otro yacimiento arqueológico. Este hecho es tanto más notable cuanto que el volumen de las acuñaciones “libiofenicias” parece haber sido escaso, y los lugares de hallazgo precisos y seguros no pasan de veinte.⁶⁹ Además, el yacimiento de Hornachuelos ha proporcionado plomos monetiformes con leyenda neopúnica b’glt,⁷⁰ lo que confirma su plena inserción en la esfera “libiofenicia”. La gran similitud de las costumbres funerarias no hace pues sino confirmar lo que ya se sabía a través de las monedas: la Beturia túrdula y el núcleo de ciudades “libiofenicias” de la zona del Estrecho estaban interrelacionadas. Pero la dirección de las influencias no es la que se esperaba. La lectura del mapa numismático siempre se ha hecho en clave de una expansión púnica o bárcida hacia el norte, motivada principalmente por intereses mineros: se supone que grupos de gente púnica se habrían instalado en la Beturia túrdula, trayendo consigo su lengua, su escritura y sus creencias. Sin embargo, fuera de las monedas, no hay nada en el registro arqueológico de esta región que se pueda atribuir categóricamente a la presencia de comunidades o individuos de cultura semita occidental o líbico-bereber; al contrario, lo que se revela ahora es la direccionalidad norte-sur de las costumbres funerarias, llegando al Estrecho desde la Meseta. Por otra parte, si bien la escritura y la iconografía de las monedas “libiofenicias” reflejan la voluntad por parte de las ciudades emisoras de manifestar su pertenencia a una comunidad de origen púnico, su difusión es absolutamente nula hacia el Norte de África⁷¹ y muy modesta hacia los principales centros urbanos fenicio-púnicos de la costa, como Cádiz o Málaga; en cambio, se han encontrado monedas de Asido en Hornachuelos y de Lascuta en Cáceres el Viejo. Son signos leves, pero indiscutibles, de la inserción de estas ciudades en redes de intercambios que iban de la Bética a la Meseta, cuando en la dirección opuesta ni siquiera franqueaban el Estrecho.

Otros indicios nos hablan de conexiones estables o incluso institucionalizadas entre la Beturia túrdula, la Lusitania y los vetones. En la tésera tardorrepública del castro vetón de Las Merchanas (Lumbrales, Salamanca), escrita en latín pero aún inmersa en los usos hispano-célticos, la fórmula *tes(s)era Caurien(s)is magistratu Turi*⁷² parece indicar que la ciudad lusitana de Caurium (Coria, Cáceres) concedió la hospitalidad a los magistrados de una ciudad de nombre Turi.⁷³ Se ha pensado en una forma abreviada de Turobriga, en la Beturia Céltica, pero mucho más plausible me

⁶⁸ Jiménez Ávila 1990.

⁶⁹ Ruiz López 2010, 295-650.

⁷⁰ García-Bellido y García de Diego – Blázquez Cerrato 2002, 316.

⁷¹ Ruiz López 2010, 1883 ss. En cambio, el mismo estudio registra para las cecas de Carteya y Gades, respectivamente, 48 y 178 hallazgos en África.

⁷² *CIL* I² 3466; Sánchez Moreno 1996a, 249-250; Díaz Ariño 2008, 207-208; Salinas de Frías 2013, 26-27. Por su grafía y su estructura, Díaz Ariño fecha esta tésera en la segunda mitad del siglo I a.C.

⁷³ Otra línea de interpretación identifica Turi como el genitivo del antropónimo Turos, que sería el nombre de un magistrado de Caurium garante del pacto. Pero faltaría en este caso el nombre del otro contrayente.

parece ser una abreviación de Turirecina, una de las ciudades de la Beturia Túrdula con ceca “libiofenicia”, localizada en el Cerro de las Nieves (Reina, Badajoz).⁷⁴ Un argumento a favor de Turirecina, es que su nombre se podía descomponer más fácilmente que Turobriga en dos elementos: prueba de ello es el punto que separa TVRI y RECINA en la segunda emisión de la ceca,⁷⁵ y la evolución en época imperial hacia *Regina Turdulorum*, sin el primer elemento. No es baladí señalar en este punto que el foro de Regina, después de su traslado al asentamiento en llano de Casas de Reina, presenta una importante singularidad compartida con el de Baelo: un conjunto de tres templos paralelos,⁷⁶ que según Manuel Bendala delata un modelo púnico.⁷⁷

Si se admite esta lectura, la tésera de Las Merchanas revelaría una relación de hospitalidad entre una ciudad “libiofenicia” de la Beturia y la ciudad lusitana de Coria, implicando a un individuo que residió algún tiempo en un castro vetón al oeste de Salmantica. Estaríamos pues ante una conexión paralela a la que reflejan los ritos funerarios entre las altas tierras vetonas y el oppidum de *Fornacis*-Hornachuelos. Además, Turirecina tiene una particularidad única entre todas las cecas “libiofenicias”: el reverso de sus monedas ostenta un cuchillo afalcado y una rodela. Adolfo Domínguez Monedero ha recalcado que estas dos armas son típicamente lusitanas, de acuerdo con Estrabón (3.3.6): «tienen un escudo pequeño (*aspidion*) de dos pies de diámetro (...) y portan además un puñal (*paraxiphis*) o un cuchillo (*kopis*)». ⁷⁸ El mismo autor sugiere “ver en esta moneda una acuñación ejecutada por una entidad política en la que el elemento predominante es de origen libio semitizado que conmemora mediante el uso de esa iconografía su papel en la resistencia anti-lusitana”.⁷⁹ Las armas representadas serían pues las del enemigo lusitano vencido, como se ve en algunas monedas romanas. Sin embargo, la imagen escogida por los magistrados de Turirecina no es la de un trofeo, con armas expuestas al lado de un cautivo u otra puesta en escena que haría explícito el significado de los objetos representados. La idea de recurrir a la imagen de un otro derrotado como símbolo de lo propio –una forma paradójica de autorrepresentación que solo se dio de vez en cuando en Roma, ciudad acostumbrada a la escenografía de los triunfos–, no podía tener sentido en el mundo indígena de la Península Ibérica. En las monedas ibéricas y celtibéricas, los detalles del armamento del jinete del reverso siempre han sido interpretados como atributos propios, e incluso en ciertos casos como emblemas distintivos de la comunidad emisora.⁸⁰ Creo que pasa exactamente lo mismo en el caso de Turirecina: esta ciudad ostenta armas lusitanas en sus monedas porque se reivindica como lusitana. Esta lectura, además, es la única compatible con la interpretación de la figura femenina galeada del anverso, que María Paz García-Bellido identifica como una diosa guerrera lusitana, honrada en un grupo de inscripciones localizado en el entorno de Mérida y Trujillo.⁸¹

Por otra parte, el punto débil del modelo histórico actualmente vigente para explicar la singularidad de las cecas “libiofenicias” es la enorme distancia que todos los especialistas

⁷⁴ Álvarez Martínez *et alii* 2014.

⁷⁵ García-Bellido y García de Diego – Blázquez Cerrato 2002, 383.

⁷⁶ Álvarez Martínez *et alii* 2014, 175.

⁷⁷ Bendala Galán 2010.

⁷⁸ Domínguez Monedero 1995, 237. El sentido de *paraxiphos* no suscita dudas: es un puñal corto; en cambio la *kopis* puede ser un sable o un cuchillo pesado y cortante (Quesada Sanz 1997, 75).

⁷⁹ Domínguez Monedero 1995, 237; misma idea en Domínguez Monedero 2000, 71.

⁸⁰ Burillo Mozota 1998, 240-241.

⁸¹ García-Bellido y García de Diego 1986, 514-515.

han constatado entre la escritura usada y la norma neopúnica; distancia que, además, lejos de reflejar la existencia de un sistema lingüístico y gráfico propio que seguiría pautas comunes, es el fruto de desviaciones aparentemente erráticas, variables de una ceca a otra.⁸² Las explicaciones que se han propuesto no son del todo satisfactorias.⁸³ Poblaciones de origen y tradición púnica no se hubiesen comportado así, máxime cuando vemos que otras comunidades del Bajo Guadalquivir y del litoral semitizado emplearon correctamente, en las mismas fechas, un neopúnico estándar. Tampoco se entiende, en la hipótesis alternativa de fundaciones donde dominaría el componente líbico-bereber, que estas poblaciones de origen africano desarrollaran una práctica gráfica que no tiene equivalente alguno en las Mauritánias, y que además dista mucho de ser homogénea. El proceso que reconstruimos explica estas desviaciones de una manera más sencilla y económica. La escritura de las monedas “libiofenicias” es anómala, o aberrante –para retomar los adjetivos más comúnmente utilizados para definirla–, porque sus creadores y usuarios no dominaban del todo la cultura escrita del mundo púnico,⁸⁴ aunque la reivindicaban oficialmente. Y no la dominaban, sencillamente, porque eran de otros orígenes: túrdulos, turdetanos o celtas, diversamente mezclados.

En resumen: las ciudades “libiofenicias” miraban más hacia el norte que hacia el sur y no presentan elementos de carácter púnico en su cultura material; hay indicios para pensar que las de la Beturia estuvieron integradas en redes de hospitalidad con comunidades lusitanas y vetones; la singular iconografía monetaria de Turirecina se puede entender como expresión de una identidad guerrera lusitana, y la escritura defectuosa de las monedas “libiofenicias” como revelador de la no-pertenencia de los círculos dirigentes de las ciudades emisoras a la cultura púnica, o por lo menos de su poca familiaridad con la cultura escrita púnica. Obviamente, estos datos no concuerdan con las hipótesis mencionadas en la introducción, según las cuales las ciudades “libiofenicias” serían fundaciones cartaginesas pobladas por grupos de africanos semitizados traídos a Iberia en el siglo III. Se necesita pues un modelo histórico alternativo.

3.2. Los lusitanos y el Estrecho: historia de una atracción

Las relaciones norte-sur que la numismática y la epigrafía permiten entrever emergen con más fuerza en las fuentes escritas al calor de tres episodios bélicos: la campaña de Aníbal en la Meseta, hasta Salamanca (220 a.C.), las guerras lusitanas (155-140 a.C.) y la guerra sertoriana (en torno al 80 a.C.). Empezaremos por el más reciente, porque involucra posiblemente la ciudad de Bailo.

Habiéndose refugiado en Mauritania en la primavera del año 81, Sertorio volvió a Hispania a principios del año siguiente, respondiendo a una llamada de los lusitanos.⁸⁵

⁸² Se ha hablado incluso de un “nivel cultural gráfico y lingüístico ínfimo” (García-Bellido y García de Diego 1986, 500).

⁸³ “Las diferencias formales con el resto de las acuñaciones púnicas de la zona se deberían a una decisión consciente de conservar tradiciones propias, en las que el componente nómada debió de jugar un papel importante” (Dominguez Monedero 1995, 238), o “podrían deberse al hecho de ser comunidades africanas llegadas a Hispania en fechas avanzadas, desarraigadas aquí de núcleos de semitización similares, por lo que se mantiene un cierto arcaísmo en su iconografía y se ocasiona el proceso aberrante de su escritura” (García-Bellido y García de Diego 1986, 519).

⁸⁴ Llama mucho la atención el hecho de que en sendas monedas de Asido y Lascuta, la leyenda neopúnica ha sido grabada al revés; como estas monedas han circulado, hay que admitir que ni el grabador ni el magistrado monetario que supervisaba la acuñación se dieron cuenta del error (Jiménez Díez 2014, 240).

⁸⁵ Plu. *Sert.* 11.1.

Cruzó el Estrecho por la noche con un ejército de romanos y africanos, y, según un fragmento de Salustio, fue acogido por un ejército lusitano de 4700 hombres⁸⁶ en un lugar llamado *mons Belleia* o *Balleia*.⁸⁷ Su identificación con Bailo, o con un sitio cercano a Bailo, ha sido aceptada por casi todos los comentaristas.⁸⁸ La presencia en esta ciudad de un ejército de lusitanos, instalado ahí –aparentemente sin violencia– para controlar la zona y esperar la llegada de Sertorio, es un hecho sorprendente que solo se puede entender si suponemos que bailonenses y lusitanos mantenían relaciones estrechas desde hacía tiempo.

De hecho, setenta años antes, los historiadores romanos evocan repetidas incursiones de los lusitanos en el Estrecho, como si tuvieran especiales intereses en esta zona.⁸⁹ Las informaciones más precisas al respecto aparecen en los capítulos 55-57 del libro ibérico de Apiano, nuestra fuente principal para un periodo mal conocido por culpa de la pérdida de los libros correspondientes de otros historiadores, en particular Tito Livio. En el 154 a.C., Punicus, jefe de los lusitanos, “llevó a cabo incursiones hasta el océano, añadió a los vetones a su ejército y asedió a los pueblos sometidos a los romanos”.⁹⁰ En el 153 o 152 a.C., otros lusitanos originarios de una región situada al norte del Tajo se enfrentaron a Roma y devastaron el territorio de los *Kouneoi*, en el suroeste, antes de atravesar el océano “cerca de las Columnas de Hércules” y lanzar incursiones en África.⁹¹ En el año 151-150 a.C., L. Licinius Lucullus aniquiló a los lusitanos que “intentaban franquear el estrecho en los alrededores de Gades”.⁹² En el 147 a.C., Viriato derrotó a un ejército romano que se refugió en Karpêssos, posiblemente Carteia.⁹³ En el 145 a.C., Q. Fabius Maximus Aemilianus fue atacado por Viriato mientras intentaba cruzar el estrecho que separa Gades del continente.⁹⁴

De estos relatos se pueden extraer cuatro hechos relevantes. En primer lugar, la zona del Estrecho ejerce sobre los lusitanos una atracción constante: en un espacio de tiempo de doce años, constatamos dos intentos de los lusitanos de cruzar el Estrecho, lográndolo en una ocasión, y combates cerca de Carteia y de Gades en otras dos campañas. Segundo, los lusitanos no van solos: se menciona tres veces a los vetones, como sus aliados o sus vecinos (“límitrofes”), en 155, 152 y 140.⁹⁵ Se desprende de estos textos que la relación entre lusitanos y vetones no se limitó a una coalición de circunstancia: sus sociedades estaban inmersas, ante la presión

⁸⁶ Plu. *Sert.* 12.2.

⁸⁷ Sall. *Hist.* 1.105, literalmente: “el *mons Belleia*, ocupado con anticipación por los lusitanos, recibió a todos los que habían hecho la travesía” (*transgressos omnis recipit mons Belleia praeceptus a Lusitanis*). Sobre este episodio, véase Moret *et alii* 2015, 142-145, y Bernard 2018, 160 (con otra interpretación de *praeceptus a Lusitanis*: “que lui avaient indiqué les Lusitaniens”).

⁸⁸ Conviene remarcar que la grafía *Belleia*, aceptada desde hace más de un siglo por los editores de los fragmentos de Salustio, no es la única posible. Los manuscritos dan también la lectura *ballei* (Moret *et alii* 2015, 143), casi idéntica al nombre *Balleia* de una de las cecas libiofenicias no localizadas de la Beturia túrdula. Las consecuencias de esta lectura alternativa serían vertiginosas: ¿Tendríamos un doblete *Balleia/Bailo* – *Balleia* túrdula, paralelamente al doblete *Mellaria* del Estrecho – *Mellaria* túrdula? ¿O correspondería el *mons Belleia* de Salustio al lugar de la ceca de *Balleia*, y no a *Bailo*?

⁸⁹ Moret *et alii* 2015, 147-148.

⁹⁰ App. *Hisp.* 56.

⁹¹ App. *Hisp.* 57.

⁹² App. *Hisp.* 59.

⁹³ App. *Hisp.* 62-63.

⁹⁴ App. *Hisp.* 65.

⁹⁵ Respectivamente, App. *Hisp.* 56, 58 y 70.

romana, en las mismas dinámicas socio-económicas y territoriales.⁹⁶ En tercer lugar, estos textos muestran a los generales romanos de mediados del siglo II pactando una y otra vez con los lusitanos y vetones, ofreciéndoles en cuatro o cinco ocasiones distintas lotes de tierra a cambio del cese de sus incursiones y del reconocimiento del dominio romano.⁹⁷ Destaca, finalmente, el nombre que lleva el jefe de una de las expediciones lusitano-vetonas hacia el Estrecho, la de 154 a.C.: se llamaba Punicus.⁹⁸ Este nombre no ha despertado mucha curiosidad en la historiografía reciente⁹⁹. Si se descarta la simple adulteración de un nombre indígena “que recordaba a los romanos los nombres en lengua fenicio-púnica”,¹⁰⁰ quedan dos hipótesis contrapuestas: la de un indígena aculturado o la de un cartaginés instalado en Lusitania.¹⁰¹ Aunque el dilema no tenga solución, a falta de más información sobre el personaje, no me parece descabellado pensar que, por su ascendencia o por su propia trayectoria, este jefe de guerra tenía lazos personales con el mundo púnico de la Península, síntoma inequívoco de la fluidez de las relaciones mantenidas desde la época bárcida con los pueblos de la Meseta occidental.

Desde otra perspectiva, no haré sino aludir al complicado dossier de los *Celtici* del *conventus Gaditanus*, ya que sobre el significado del pasaje de Plinio que sitúa *in Celtica* las ciudades de Acinipo, Arunda y Saepo, no hay consenso entre los especialistas.¹⁰² Sólo recordar de paso que no faltan topónimos de origen celta o indoeuropeo al sur del Guadalquivir, en las fuentes literarias y la epigrafía: entre los más destacados están Arialdunum (no localizado), Esttledunum (¿cerca de Luque, Córdoba?), Celti (Peñaflor, Sevilla), Ebura (Sanlúcar de Barrameda, Cádiz), Segida Augurina (al sur del Betis) o Segovia (homónima de la Segovia de la Meseta, situada en el Genil),¹⁰³ sin olvidar los nombres de marcado sabor celta que aparecen entre las *centuriae* y los *collegia* de la inscripción de Carmona,¹⁰⁴ rehabilitada por Genaro Chic:¹⁰⁵ *Albodunes, Belges, Segobienses, Verges* o *Volces*.

De todo ello se desprende que detrás de las “incursiones” lusitanas hay un sistema estructurado de relaciones a larga distancia entre la esfera lusitano-vetona y la Bética, con un especial interés por la zona del Estrecho, y que lejos de tratar a estos enemigos como bandas de ladrones sin consistencia política, los generales romanos trataron reiteradamente de pactar con ellos sobre la base de reivindicaciones territoriales.

Para entender este fenómeno, mi hipótesis es que el proceso que se desarrolla durante las guerras lusitanas de mediados del siglo II no es más que una repetición de lo que los bárcidas tuvieron que afrontar en vísperas de la segunda guerra púnica. La campaña de Aníbal hacia Salmantica, capital vetona, atravesando o bordeando tierras lusitanas entre el Guadiana y el Tajo, tuvo a mi modo de ver dos objetivos: por

⁹⁶ A este respecto, conviene recordar que, en la onomástica indígena de época altoimperial, el nombre *Viriatus* no está documentado en la Sierra de la Estrella ni en la Beturia Céltica (los parajes donde la mayoría de los autores han situado alternativamente el lugar de origen de Viriato), sino en el territorio de los vetones (Salinas de Frías 2013, 28-29).

⁹⁷ Sánchez Moreno 1996a, 257-258.

⁹⁸ App. *Hisp.* 56.

⁹⁹ Para un balance, véase Guerra 2017.

¹⁰⁰ Explicación sugerida por López Castro 2011, 117.

¹⁰¹ Guerra 2017, 194-196; Sánchez Moreno 2018, 333.

¹⁰² Plin. *HN* 3.14.

¹⁰³ Tovar 1963, 360-365; Díez Asensio 1994; Untermann 2001, 201-204; Luján Martínez 2001, con referencias.

¹⁰⁴ *CIL* II 128.

¹⁰⁵ Chic García 1999, 174.

un lado, hacer una demostración de fuerza ante poblaciones que ya estarían dando muestra de este tropismo hacia el sur que sesenta años después sería percibido como una grave amenaza por la incipiente administración romana de la Bética; por el otro, canalizar en su beneficio la fuerza militar de los lusitanos y los vetones, organizando *in situ* el reclutamiento de mercenarios,¹⁰⁶ en un momento en que los cartagineses empezaban a reclutar masivamente a gentes del interior peninsular céltico.¹⁰⁷ En este marco, pactar con estos pueblos y permitir la instalación de comunidades lusitano-vetonas en la Beturia y en la zona del Estrecho, bajo estrecho control púnico, era doblemente beneficioso: canalizaba y satisfacía la “sed de tierras” de los lusitanos, y creaba etapas y lugares de concentración de tropas en puntos estratégicos entre Lusitania y el norte de África, destino principal de los reclutas. Desde este punto de vista, las ciudades “libiofenicias” de la Beturia no se fundaron contra los lusitanos, como se venía pensando, sino con ellos, bajo control cartaginés.

La conquista romana destruyó este sistema, lo que fue sin duda una de las principales causas de las “incursiones” lusitanas en la Bética a mediados del siglo II: no hay que verlas como simples razias, brotes de violencia espontánea provocados por situaciones de crisis o de penuria, sino –en buena parte– como intentos para reestablecer conexiones a larga distancia que se veían limitadas o cortadas por la intensificación del control territorial romano.

Ahora bien, si se admite que el componente lusitano o indígena fue más importante que el propiamente púnico y el mauritano en las ciudades “libiofenicias”, ¿por qué escogieron estas comunidades una simbología púnica, tanto en la escritura como en la iconografía de sus monedas (excepto Turirecina que, como hemos visto, expone armas típicamente lusitanas)? Solo se puede contestar teniendo en cuenta el momento histórico en el que surgen estas cecas, en la segunda mitad del siglo II a.C., finalizadas ya las guerras lusitanas. Varios autores han hecho hincapié en el prestigio que podía conferir el uso público de la lengua neopúnica –al lado del latín– en ciudades del interior de la Bética, en un proceso de reelaboración identitaria y de autorrepresentación basado en su pertenencia real o pretendida a una comunidad cultural y lingüística fenicio-púnica.¹⁰⁸ En el caso particular de las ciudades “libiofenicias”, su pronta integración en redes púnicas en época de los Barca habría sido el referente histórico que motivaría, después de las guerras lusitanas, una doble estrategia materializada por el bilingüismo de sus monedas: manifestar su pertenencia a esta comunidad púnica y afirmar, al mismo tiempo, su lealtad a Roma. El componente latino de la epigrafía de las cecas “libiofenicias” no ha recibido la atención que merecía. Bartolomé Mora ha puesto énfasis, con razón, en “la temprana presencia de la escritura latina utilizada, no sólo en los topónimos sino también para consignar nombres personales; un detalle (...) que se muestra del todo ajeno al comportamiento de los talleres monetarios hispano-púnicos que podríamos considerar como nucleares, y que en la zona del suroeste capitaliza Gadir”.¹⁰⁹ En

¹⁰⁶ La búsqueda de mercenarios como uno de los objetivos de la campaña de Aníbal en la Meseta es una hipótesis que ha sido contemplada por varios autores: Chic García 1980, 20-21; Sánchez Moreno 2000, 114 (con referencias).

¹⁰⁷ Quesada Sanz 1994, 206. Los hallazgos numismáticos de El Gandul (Alcalá de Guadaíra, Sevilla) muestran que el reclutamiento de mercenarios por los cartagineses, organizado en este caso desde el valle del Guadalquivir, ya existía antes de los bárcidas (Pliego Vázquez 2003).

¹⁰⁸ Machuca Prieto 2019, 264 y 292, con referencias.

¹⁰⁹ Mora Serrano 2012, 756.

términos del mismo autor, este singular comportamiento podría responder al deseo de Roma “por controlar puntos estratégicos situados en territorios sensibles” como el Estrecho y la Beturia Túrduła.¹¹⁰ Compartimos esta lectura, y podríamos incluso añadir que, una vez terminada la fase de conflicto bélico mediante pactos y asignaciones de tierras a las que aluden los pasajes de Apiano arriba mencionados, la estrategia romana se basó en el reconocimiento y el afianzamiento, bajo su estrecha tutela, de las redes lusitano-púnicas creadas en época de los Barca.

3.3. ¿Huellas célticas en Bailo?

En la Silla del Papa, dos indicios aún aislados y frágiles, pero sugerentes, hablan a favor de un ambiente social y religioso relacionado con la Meseta céltica. Son de muy diferente naturaleza: un nombre en un epígrafe y una roca tallada. En la *defixio* sobre plomo que se descubrió en 2017 en la necrópolis noroeste de Bailo, uno de los individuos apuntados por la maldición, un usurero llamado Andromachus, lleva el epíteto *Calaetensis*. Esta palabra se interpretó en 2019 como el gentilicio de la ciudad bética de Callet, conocida por sus monedas y por menciones de Plinio.¹¹¹ Sin embargo, las monedas de Callet confirman la grafía de Plinio y muestran que la forma del topónimo no varió entre el inicio del siglo I a.C. y la época augustea. La redacción de la *defixio* se sitúa en el mismo intervalo cronológico, lo que fragiliza una interpretación que supone dos cambios gráficos y el correspondiente cambio de pronunciación para acercar, no sin dificultad, *Calaetensis* a Callet. La hipótesis que formulo ahora se basa en la existencia de *Calaetiquum*, un nombre de grupo familiar o suprafamiliar en genitivo de plural de origen hispano-céltico, atestiguado por tres inscripciones halladas en Ávila y Guisando, en territorio vetón, no muy lejos de La Osera.¹¹² El sufijo *-ensis* representaría un intento de encontrar un equivalente latino para el genitivo de plural hispano-céltico *-iquum*, indicando por lo tanto la pertenencia a un grupo suprafamiliar de tipo gentilidad o *cognatio*, tal vez con un matiz espacial o territorial,¹¹³ en línea con el sentido habitual de *-ensis*. Se había desestimado esta lectura en 2019, por la aparente incongruencia de una relación entre los actores de la *defixio* y el lejano mundo vetón, aunque llamara poderosamente la atención la perfecta identidad de las bases onomásticas en *Calaetensis* y *Calaetiquum*. El contexto que se desvela ahora permite pensar que Andromachus, aún siendo un esclavo o un liberto como sugiere su nombre griego,¹¹⁴ estaba identificado como miembro de uno de los grupos suprafamiliares de origen vetón que seguían presentes en la ciudad de Bailo en la segunda mitad del siglo I a.C. No hay duda de que, si se confirmara esta interpretación, la existencia de gentilidades en Bailo entraría en perfecta consonancia con la estructuración del área funeraria, basada en grupos de tumbas bien definidos, rodeando las estructuras tumulares o los monumentos turriiformes.¹¹⁵

¹¹⁰ Mora Serrano 2012, 761.

¹¹¹ Plin. *HN* 3.12.8; 3.15.5. Moret *et alii* 2019, 354.

¹¹² Sánchez Moreno 1996b, 123.

¹¹³ Esta dimensión territorial se desprende de la distribución muy limitada en el espacio de muchas gentilidades (Hurtado Aguiña 2004, 201).

¹¹⁴ No sería un caso único: véase en Hurtado Aguiña (2004, 201-202), el ejemplo de una esclava dependiente de la gentilidad *Moeniccum* en una inscripción de Toledo.

¹¹⁵ En el caso de los asentamientos vetones, muchos autores han sugerido que los sectores diferenciados de las necrópolis reproducirían la organización gentilicia de la población (referencias en Sánchez Moreno 1996b, 119, n. 8).

El otro posible indicio de contactos con el mundo lusitano o vetón es la roca tallada de Ranchiles, una peña aislada de 4 m de altura, situada en el territorio de Bailo al pie de la Sierra de la Plata, a 4 km de la Silla del Papa y 1,5 km de Baelo Claudia. Se puede subir a su plataforma superior, que contiene cuatro cubetas artificiales, por una rampa en espiral y una escalera de siete peldaños, ambas labradas en la roca. Sin paralelos en la zona, se inserta perfectamente en la tipología de los santuarios rupestres célticos del centro-oeste de la Península, y más concretamente en los tipos A.1.1 y A.1.2 de M. J. Correia dos Santos, que se caracterizan por tener escalones para ascender a su cumbre.¹¹⁶ Lejos de la roca de Los Ranchiles, que está completamente aislada en el sur de la Bética, las mayores concentraciones de peñas sacras de este tipo –llamadas altares rupestres “tipo Ulaca” en otros estudios¹¹⁷ se sitúan en Extremadura, con diez ejemplares, y en Ávila y Salamanca, con siete; con lo cual la mitad de todos los casos registrados se encuentran en territorio lusitano o vetón. Hay que reconocer que monumentos seminaturales como éste son difíciles de interpretar, por la ausencia de contextos arqueológicos estratificados que permitan fecharlos. Sin embargo, no es menos cierto que, al igual que las necrópolis de túmulos circulares y tumbas agrupadas, la peña de Ranchiles es un *unicum* a escala local que cobra sentido cuando se abre el marco del análisis comparativo a fenómenos hasta ahora considerados propios de la Hispania céltica.

4. A modo de conclusión: un híbrido de componentes inesperados

A la hora de cerrar este estudio, no quisiera dar la impresión de que Bailo fue algo así como un enclave “lusitano” aislado y estanco, sin intercambios con su entorno turdetano, bástulo y púnico. Si no insistí en los aspectos que denotan relaciones intensas con el Mediterráneo y el mundo semita, ha sido porque era necesario apoyar con datos lo más robustos posibles la hipótesis, nacida del estudio de las necrópolis, de una impronta meseteña procedente del mundo lusitano-vetón.

Son muchos, en realidad, los elementos que muestran el peso de los componentes regional (turdetano o bástulo) y púnico en Bailo: el propio nombre de la ciudad, que pertenece a un fondo onomástico regional, con abundantes paralelos (serie *Bai-*) en toda la Bética,¹¹⁸ la arquitectura de los monumentos funerarios, que como hemos visto se inspira de modelos mediterráneos, y la cultura material en sentido amplio (desde la cerámica de cocina hasta los elementos de adorno), que es la de una comunidad inmersa en las redes de intercambio que atravesaban el Estrecho, sin nada que remita a tradiciones meseteñas. No hay que olvidar tampoco que el yacimiento de la Silla del Papa está ocupado desde el Bronce Final, con un aporte inicial de población seguramente local, y que entre los personajes mencionados en el plomo mágico al que ya hemos hecho alusión, los nombres de esclavos o libertos son todos griegos.

Nombre y fondo poblacional bástulo; estructura suprafamiliar, costumbres funerarias y religiosidad de raíz meseteña en relación con un aporte poblacional “lusitano” que propongo situar en época bárcida; hábitos de consumo mediterráneos

¹¹⁶ Correia dos Santos 2015, 223-225.

¹¹⁷ Almagro-Gorbea *et alii* 2021, 43 y 58.

¹¹⁸ Villar Liébana 2000, 239-241, siendo desestimado el carácter fenicio-púnico del topónimo (Sanmartín Ascaso 1995, 238).

y formas públicas de autorrepresentación púnicas, sin olvidar la presencia no cuantificable de itálicos y esclavos de diversos orígenes: Bailo fue sin duda entre los siglos II y I a.C. una comunidad híbrida, aunque los ingredientes de esta hibridación no son los que se podía esperar a priori en el marco histórico y cultural del círculo del Estrecho.

En este contexto abigarrado, por no decir cosmopolita, hay que reconocer que la singularidad, la unicidad y el conservadurismo de las prácticas funerarias de los bailonenses no tienen fácil explicación. El hecho de atribuir una raíz céltica a los rituales vigentes hasta mediados del siglo I a.C. en las dos necrópolis de Bailo, conduce a plantear preguntas como estas, volviendo a tomar el ejemplo de la *defixio* de Philonicus: ¿dónde se enterraban los miembros de la familia de su amo, un ciudadano romano llamado Flavius Pupillus, y dónde se enterraría el propio Philonicus, si era de origen griego? ¿Existía una tercera necrópolis, hasta ahora no descubierta, reservada a otros sectores de la población de Bailo, donde otros ritos tuviesen acogida? ¿O consideramos posible que familias turdetanas, itálicas o mauritanas llegadas a la ciudad a lo largo de la época republicana adoptaran por completo las costumbres locales?

Dejaré abiertos estos interrogantes, como dejo abierta una reflexión que, como el lector lo habrá notado, no deja de ser preliminar y exploratoria. Creo posible defender la hipótesis de una inversión de signo en la interpretación de las cecas “libiofenicias”: no representan una dinámica de fundaciones púnicas con aporte de población africana, orientada de sur a norte, sino al contrario, un proceso de instalación de grupos lusitanos y vetones en la Beturia y en el Estrecho, canalizado por los bárcidas, en el marco de su política de reclutamiento de mercenarios. Si bien este modelo histórico se apoya en varios indicios textuales, al nivel local solo tiene respaldo en tres asentamientos: Turirecina (por las armas lusitanas de sus monedas), Hornachuelos (por su necrópolis) y Bailo (con indicios tan dispares como las necrópolis, la Peña de Ranchiles, un episodio de la guerra de Sertorio y la posible mención de una gentilidad vetona en una *defixio*). Conviene insistir en que no se puede extrapolar estos primeros resultados a todas las cecas “libiofenicias”, ya que el uso de una escritura neopúnica defectuosa podría haber respondido, según los casos, a diversos condicionantes étnicos, sociales e históricos.

5. Referencias bibliográficas

- Almagro-Gorbea, M. – Esteban Ortega, J. – Ramos Rubio, J. A. – San Macario Sánchez, O. (2021): *Berrocales sagrados de Extremadura: Orígenes de la religión popular de la Hispania Céltica*, Badajoz.
- Álvarez Martínez, J. M. – Rodríguez Martín, F. G. – Nogales Basarrete, T. (2014): “Regina: proceso de urbanización de un centro de la Baetica”, [en] T. Nogales Basarrete – M. J. Pérez del Castillo (eds.), *Ciudades romanas de Extremadura*, Mérida, 163-194.
- Álvarez Sanchís, J. R. (1999): *Los Vettones* (= Bibliotheca Archaeologica Hispana 1), Madrid.
- Aounallah, S. – Brouquier-Reddé, V. – Abidi, H. – Artru, J. (2020): “Architecture et pratiques funéraires préromaines dans la nécropole nord-ouest à Dougga”, *Antiquités africaines* 56, 183-206.
- Baquedano Beltrán, I. (2015): *La necrópolis vettona de La Osera* (= Zona Arqueológica 19), 2 vols., Alcalá de Henares.

- Baquedano Beltrán, I. – Martín Escorza, C. M. (2010): “Rito y estructura social en la necrópolis de La Osera (Chamartín, Ávila)”, [en] F. Burillo Mozota (ed.), *VI Simposio sobre Celtiberos: Ritos y Mitos*, Zaragoza, 421-432.
- Belén Deamos, M. – Escacena Carrasco, J. L. (1992): “Las necrópolis ibéricas de Andalucía Occidental”, [en] Blánquez Pérez – Antona del Val (eds.), 1992, 509-529.
- Bendala Galán, M. (2010): “Baelo Claudia y su personalidad ciudadana y urbana: diálogo desde el estudio y la amistad”, *Pallas* 82, 465-482.
- Bénichou-Safar, H. (1982): *Les tombes puniques de Carthage. Topographie, structures, inscriptions et rites funéraires*, Paris.
- Bernard, G. (2018): *Nec plus ultra. L'extrême Occident méditerranéen dans l'espace politique romain (218 av. J.-C. – 305 apr. J.-C.)*, Madrid.
- Blánquez Pérez, J. J. – Antona del Val, V. (eds.), (1992): *Congreso de arqueología ibérica: Las necrópolis*, Madrid.
- Blázquez Martínez, J. M. (1961): “Las relaciones entre España y el Norte de África durante el gobierno bárquida y la conquista romana (237-19 a. J. C.)”, *Saitabi* 11, 21-43.
- Blumhofer, M. (1993): *Etruskische Cippi. Untersuchungen am Beispiel von Cerveteri*, Köln.
- Boube, J. (1999): *Les nécropoles de Sala*, Paris.
- Bravo Jiménez, S. (2014): “La deductio de Carteia: un hecho singular ocurrido en el Campo de Gibraltar en el siglo II a.n.e.”, *Almoraima* 41, 31-42.
- Burillo Mozota, F. (1998): *Los celtiberos. Etnias y estados*, Barcelona.
- Cadiou, F. (2008): *Hibera in terra miles. Les armées romaines et la conquête de l'Hispanie sous la République (218-45 av. J.-C.)*, Madrid.
- Camps, G.
 (1991): “Bazinas”, *Encyclopédie berbère* 9, 1400-1407 (<https://doi.org/10.4000/encyclopedieberbere.1497>).
 (2001): “Incineration”, *Encyclopédie berbère* 24, 3710-3714 (<https://doi.org/10.4000/encyclopedieberbere.1567>).
- Castañeda Fernández, V. – García Jiménez, I. (2015): “La Ensenada de Bolonia de la Prehistoria a la Antigüedad Clásica. Un anfiteatro sagrado en el confín del mundo”, [en] F. Prados Martínez – H. Jiménez Vialás (eds.), *La Muerte en Baelo Claudia. Necrópolis y ritual en el confín del Imperio romano*, Alicante-Cádiz, 45-54.
- Cerdeño Serrano, M. L. – García Huerta, R. (2001): “Las necrópolis celtibéricas: nuevas perspectivas de estudio”, [en] R. García Huerta – J. Morales Hervás (eds.), *Arqueología funeraria: las necrópolis de incineración*, Ciudad Real, 141-190.
- Chic García, G.
 (1980): “Consideraciones sobre las incursiones lusitanas en Andalucía”, *Gades* 5, 15-25.
 (1999): “Comunidades indígenas en el sur de la península Ibérica: dos notas”, [en] F. Villar Liébana – F. Beltrán Lloris (eds.), *Pueblos, lenguas y escrituras en la Hispania prerromana*, Salamanca, 173-182.
- Correia dos Santos, M. J. (2015): *Santuarios rupestres de la Hispania indoeuropea* (Tesis doctoral de la Universidad de Zaragoza), Zaragoza.
- Corzo Sánchez, R. (1989): “Los sacrificios infantiles en Cádiz. Inhumaciones infantiles en el ámbito mediterráneo español (siglos VII a.C. al II d.C.)”, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología castellanenses* 14, 239-246.
- Desmars, A. (2021): *Les monuments funéraires de la Silla del Papa (Tarifa, Cadix), II-Ier siècle av. J.-C.: étude architecturale, archéologique et historique* (Tesis doctoral de la Université Aix-Marseille), Marseille.
- Díaz Ariño, B. (2008): *Epigrafía Latina Republicana de Hispania (=ELRH)*, Barcelona.

- Díez Asensio, J. (1994): “Presencia indoeuropea en la Bética prerromana: testimonios toponomásticos antiguos”, [en] *Actas del II Congreso de Historia de Andalucía*, Córdoba, 77-88.
- Domínguez Monedero, A. J.
 (1987): “Los libio-fenicios y la interpretación del significado de su presencia en el Sur Peninsular”, [en] *Actas del I Congreso Hispano-Africano de las culturas del Mediterráneo Occidental*, vol. 1, Granada, 129-138.
 (1995): “Libios, libiofenicios, blastofenicios: elementos púnicos y africanos en la Iberia Bárquida y sus supervivencias”, *Gerión* 13, 223-239.
 (2000): “Monedas e identidad étnico-cultural de las ciudades de la Bética”, [en] M.P. García-Bellido y García de Diego – L. Callegarin (eds.), *Los cartagineses y la monetización del Mediterráneo occidental*, Madrid, 59-74.
- Ferrer Albelda, E.
 (2000): “*Nam sunt feroces hoc libyphoenices loco: ¿Libiofenicios en Iberia?*”, *Spal* 9, 421-433.
 (2004): “Sustratos fenicios y adstratos púnicos: los bástulos entre el Guadiana y el Guadalquivir”, *Huelva Arqueológica* 20, 281-298.
 (2010): “Reflexiones a partir de un discurso identitario no esencialista”, [en] A. M. Niveau de Villedary – V. Gómez Fernández (eds.), *Las necrópolis de Cádiz. Apuntes de arqueología gaditana en homenaje a J. F. Sibón Olano*, Cádiz, 69-92.
- Ferrer Albelda, E. – Prados Pérez, E. (2002): “Bastetanos y bástulo-púnicos. Sobre la complejidad étnica del sureste de Iberia”, *Anales de Prehistoria y Arqueología* 17-18, 273-282.
- García Fernández, F. J. (2012): “Tartesios, túrdulos, turdetanos. Realidad y ficción de la homogeneidad étnica de la Bética romana”, [en] Santos Yanguas – Cruz Andreotti (eds.), 2012, 691-734.
- García-Bellido y García de Diego, M.^a P.
 (1986): “Leyendas e imágenes púnicas en las monedas ‘Libiofenicias’”, *Veleia* 2-3, 499-519.
 (1992): “Sobre las dos supuestas ciudades de la Bética llamadas Arsa. Testimonios púnicos en la Baeturia Túrdula”, *Anas* 4-5, 81-92.
 (1993): “Las cecas libiofenicias”, [en] *Numismática hispano-púnica. Estado actual de la investigación. VII Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica (Ibiza, 1992)*, Ibiza, 97-146.
 (2000): “La relación económica entre la minería y la moneda púnica en Iberia”, [en] M.^a P. García-Bellido – L. Callegarin (eds.), *Los cartagineses y la monetización del Mediterráneo occidental*, Madrid, 127-144.
- García-Bellido y García de Diego, M.^a P. – Blázquez Cerrato, C. (2002): *Diccionario de cecas y pueblos hispánicos*, Madrid.
- García y Bellido, A. (1964): “Mercenarios y auxilia africanos en España en la Antigüedad”, *Numisma* 14/71, 9-16.
- García Huerta, R. – Antona del Val, V. (1992): *La necrópolis celtibérica de La Yunta. Campañas 1984-1987*, Toledo.
- Gomes, F. B. (2019): “El mundo funerario prerromano en el sur de Portugal (siglos V/IV – II a. n. e.): (pocos) datos y (algunos) problemas”, *Archivo Español de Arqueología* 92, 43-62 (<https://doi.org/10.3989/aespa.092.019.002>).
- Guerra, A. (2017): “Púnico, caudilho lusitano: algumas considerações linguísticas e históricas”, *Anas* 29-30, 185-201.
- Gutiérrez López, J. M. (2000): “Escultura de esfinge ibérica inédita del yacimiento arqueológico de Carissa Aurelia”, *La Torre – Revista cultural Bornense* 3, 8-13.

- Hurtado Aguña, J. (2004): “Las gentilidades presentes en los testimonios epigráficos procedentes de la Meseta meridional”, *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología* 69-70, 185-206.
- Jiménez Ávila, F. J. (1990): *Estudio numismático del poblado de Hornachuelos (Ribera del Fresno, Badajoz)* (= Series de Arqueología Extremeña, 4), Cáceres.
- Jiménez Díez, A.
(2007): “Culto a los ancestros en época romana: los cipos funerarios de las necrópolis de Baelo Claudia (Bolonia, Cádiz)”, *Archivo Español de Arqueología* 80, 75-106 (<https://doi.org/10.3989/aespa.2007.v80.28>).
- (2014): “Punic after Punic times? The case of the so-called ‘Libyphoenician’ coins of southern Iberia”, [en] J. C. Quinn – N. C. Vella (eds), *The Punic Mediterranean*, Cambridge, 219-242 (<https://doi.org/10.1017/CBO9781107295193.015>).
- Kaimio, J. (2017): *The South Etruscan cippus inscriptions* (=Acta Instituti Romani Finlandiae 44), Roma.
- Liceras Garrido, R. (2021): “Género y edad en las necrópolis de la Meseta Norte durante la Edad del Hierro (siglos VI-II a. n. e.)”, *Trabajos de Prehistoria* 78/1, 121-139 (<https://doi.org/10.3989/tp.2021.12268>).
- López Castro, J. L. (2011): “Bocchus y la antropomía fenicio-púnica”, [en] J. L. Cardoso – M. Almagro-Gorbea (eds.), *Lucius Cornelius Bocchus. Escritor lusitano da Idade de Prata da literatura latina*, Lisboa-Madrid, 113-122.
- López Pardo, F. – Suárez Padilla, J. (2002): “Traslados de población entre el Norte de África y el sur de la Península Ibérica en los contextos coloniales fenicio y púnico”, *Gerión* 20/1, 113-152.
- Lorrio Alvarado, A. J. (1997): *Los Celtiberos*, Alicante.
- Luján Martínez, E. R. (2001): “La onomástica de los Celtici de la Bética”, [en] F. Villar Liébana – M. P. Fernández Álvarez (eds.), *Actas del VIII Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica*, Salamanca, 471-481.
- Machuca Prieto, F. (2019): *Una forma fenicia de ser romano. Identidad e integración de las comunidades fenicias de la Península Ibérica bajo poder de Roma* (=Spal Monografías Arqueología 29), Sevilla.
- Martín Ruiz, J. A.
(1995): *Catálogo documental de los fenicios en Andalucía*, Sevilla.
(2010): “Las necrópolis fenicias de la vertiente meridional del círculo del Estrecho”, *Akros: Revista de Patrimonio* 9, 84-90.
- Mora Serrano, B. (2012): “Moneda e identidades en las amonedaciones de la Ulterior-Baetica: zonas nucleares y periféricas”, [en] Santos Yanguas –Cruz Andreotti (eds.), 2012, 735-769.
- Moret, P. – Dupraz, E. – Ruiz-Darasse, C. – Jiménez Vialás, H. – Prados Martínez, F. (2019): “Le courroux de Philonicus: une nouvelle défixion latine de Bétique”, *Revue des Études Anciennes* 121/2, 329-356.
- Moret, P. – Fabre, J. -M. – García Jiménez, I. – Prados Martínez, F. – Constans, A. (2010): “La Silla del Papa (Tarifa, Cádiz): bilan de trois années de recherches”, *Pallas* 82, 441-463.
- Moret, P. – García Jiménez, I. – Prados Martínez, F. – Muñoz Vicente, Á. (2015): “El oppidum de Bailo/Silla del Papa y el Estrecho de Gibraltar en tiempos de Sertorio”, [en] F. Sala Sellés (ed.), *Las huellas de las guerras civiles romanas en el sureste de Hispania. Elementos para una revisión histórica*, Alicante, 141-153.
- Moret, P. - Prados Martínez, F. - Fabre, J.-M. – Fernández Rodríguez, E. – García Fernández, F. J. - Gonzalez, F. - Jiménez Vialás, H. (2017): “La Silla del Papa: hábitat y necrópolis (Campañas 2014-2016)”, *Mélanges de la Casa de Velázquez* 47/1, 49-71.

- Niveau de Villedary, A. M. – Córdoba Alonso, I. (2003): “Algunas consideraciones sobre la religiosidad de Gadir: nuevos datos para su estudio”, *Saguntum* 35, 123-145.
- Palomo Laburu, A. – Ferrando de la Lama, M. – Fernández Rodríguez, L. E. – Cisneros García, M. I., – Suárez Padilla, J. (2002): “La necrópolis de Huerta Primera (Cártama, Málaga)”, *Mainake* 24, 388-404.
- Pappa, E. (2009): “Reflections on the earliest Phoenician presence in North-West Africa”, *Talanta* 40-41, 53-72.
- Paris, P. – Bonsor, G. – Laumonier, A. – Ricard, R. – Mergelina, C. de (1926): *Fouilles de Belo (Bolonía, province de Cadix), 1917-1921*, tome II: *La nécropole*, Bordeaux-Paris.
- Pliego Vázquez, R. (2003): “Sobre el reclutamiento de mercenarios turdetanos. El campamento cartaginés de El Gandul (Alcalá de Guadaíra, Sevilla)”, *Habis* 34, 39-56.
- Ponsich, M. (1970): *Recherches archéologiques à Tanger et dans sa région*, Paris.
- Prados Martínez, F.
 (2008): *Arquitectura púnica. Los monumentos funerarios* (=Anejos de *AEspA* 44), Madrid.
 (2011): “La necrópolis oriental de Baelo Claudia (Tarifa, Cádiz) en el contexto de la religiosidad púnico-mauritana. Una lectura a partir de las últimas actuaciones arqueológicas”, *Zephyrus* 68, 191-210.
 (2015): “El ritual funerario en Baelo Claudia durante el Alto Imperio (ss. I-II d. C.)”, [en] F. Prados Martínez – H. Jiménez Vialás (eds.), *La muerte en Baelo Claudia. Necrópolis y ritual en el confín occidental del Imperio*, Alicante, 107-124.
- Prados Martínez, F. – Muñoz Vicente, Á. – García Jiménez, I. – Moret, P. (2012): “Bajar al mar y... ¿hacerse romano? De la Silla del Papa a Baelo Claudia”, [en] B. Mora Serrano – G. Cruz Andreotti (eds.), *La etapa neopúnica en Hispania y el Mediterráneo centro-occidental: identidades compartidas, VII Coloquio Internacional del Centro de Estudios Fenicios y Púnicos (Málaga, 28-29 noviembre 2011)*, Sevilla, 301-329.
- Py, M. (1993): “Unguentariums”, [en] *Dictionnaire des céramiques antiques (VII^e s. av. n. è. – VII^e s. de n. è.) en Méditerranée nord-occidentale* (= Lattara 6), Lattes, 581-584.
- Quesada Sanz, F.
 (1994): “Vías de contacto entre la Magna Grecia e Iberia: La cuestión del mercenariado”, [en] D. Vaquerizo (ed.), *Arqueología de la Magna Grecia, Sicilia y la Península Ibérica. Una aproximación a las relaciones culturales en el marco del Mediterráneo Occidental clásico*, Córdoba, 191-246.
 (1997): *El armamento ibérico: estudio tipológico, geográfico, funcional, social, y simbólico de las armas en la cultura ibérica (siglos VI-I a.C.)*, Montagnac.
- Riva, C. – Grau Mira, I. (2022): “Global archaeology and microhistorical analysis. Connecting scales in the 1st-millennium B.C. Mediterranean”, *Archaeological Dialogues* 29, 1-14 (<https://doi.org/10.1017/S13802038220>).
- Rodríguez Díaz, A.
 (1995): “Territorios y etnias prerromanas en el Guadiana medio: aproximación arqueológica a la Beturia túrdula”, [en] A. Velázquez– J. J. Enríquez (eds.), *Celtas y Turdulos: la Beturia* (= Cuadernos Emeritenses, 9), Mérida, 205-254.
 (2003): *Hornachuelos (Ribera del Fresno, Badajoz)*. Mérida.
- Rodríguez Díaz, A. – Pérez Gutiérrez, M. – Duque Espino, D. M. (2019): “Estrechando el círculo de la Fornacis de Ptolomeo: el oppidum de Hornachuelos (Ribera del Fresno, Badajoz)”, *Conimbriga* 58, 47-99.
- Roldán Gómez, L. – Bendala Galán, M. – Blánquez Pérez, J. – Martínez Lillo, S. (2006): *Estudio histórico-arqueológico de la ciudad de Carteia (San Roque, Cádiz). 1994-1999* (=Arqueología Monografías, 24), Madrid.

- Ruiz López, I. D. (2010): *La circulación monetaria en el sur peninsular durante el periodo romano-republicano* (Tesis doctoral de la Universidad de Granada), Granada.
- Sáez Romero A. – López Jurado M. R. (2022): “Ceramic unguentaria from the Bay of Cádiz (Spain) in the 3rd–1st Centuries B.C. A review of their typological evolution and function”, [en] L. Rembart – A. Waldner (eds.), *Manufacturers and markets. Proceedings of the 4th Conference of IARPotHP, Athens, November 2019*, vol. 4, Wien, 769-780.
- Salinas de Frías, M. (2013), “Personal onomastics and local society in ancient Lusitania”, [en] J. L. García Alonso (ed.), *Continental Celtic Word Formation: The Onomastic Data*, Salamanca, 17-36.
- Sánchez Meseguer, J. L. – Quesada Sanz, F. (1992): “La necrópolis ibérica del Cabecico del Tesoro (Verdolay, Murcia)”, [en] Blánquez Pérez – Antona del Val (eds.), 1992, 349-396.
- Sánchez Moreno, E.
 (1996a): “Organización y desarrollo socio-políticos en la Meseta occidental prerromana”, *Polis. Revista de ideas y formas políticas de la Antigüedad* 8, 247-273.
 (1996b): “A propósito de las *gentilitates*: los grupos familiares del área vetona y su adecuación para la interpretación de la organización social prerromana”, *Veleia* 13, 115-142.
 (2000): “Releyendo la campaña de Aníbal en el Duero (220 a. C.): La apertura de la Meseta Occidental a los intereses de las potencias mediterráneas”, *Gerión* 18, 109-134.
 (2018): “Imperialism and multipolarity in the Far West: beyond the Lusitanians (237-146 BC)”, [en] T. Naco del Hoyo – F. López Sánchez (eds.): *Warlords. War and Interstate relations in the Ancient Mediterranean 404 BC – AD 14*, Leiden-Boston, 326-350 (https://doi.org/10.1163/9789004354050_017).
- Sanmartín Ascaso, J. (1995): “Toponimia y antroponimia: Fuentes para el estudio de la cultura púnica en España”, [en] M. Molina Martos – J. L. Cunchillos Ilarri – A. González Blanco (eds.), *El mundo púnico. Historia, sociedad y cultura*, Murcia, 227-250.
- Santos Yanguas, J. – Cruz Andreotti, G. (eds.), (2012): *Romanización, fronteras y etnias en la Roma antigua: el caso hispano* (=Revisiones de Historia Antigua VII. Anejos de *Veleia*, Acta 12), Vitoria-Gasteiz
- Solá-Solé, J. M. (1980): *El alfabeto monetario de las cecas «libio-fenices»: hacia un intento de interpretación de un alfabeto desconocido*, Barcelona.
- Tovar Llorente, A. (1963): “Les Celtes en Bétique”, *Etudes Celtiques* 10/2, 354-373.
- Untermann, J. (2001): “La toponimia antigua como fuente de las lenguas hispano-celtas”, *Palaeohispanica* 1, 187-218.
- Vaquerizo Gil, D. (2010): *Necrópolis urbanas en Baetica* (=Documenta 15), Sevilla-Tarragona.
- Villar Liébana, F. (2000): *Indoeuropeos y no indoeuropeos en la Hispania prerromana*, Salamanca.